

LA ALBORADA

SEMANARIO DE LETRAS Y ACTUALIDADES

Año V



Montevideo, Enero 1. de 1901



Núm. 146

CONSTANCIO C. VIGIL

DIRECTOR

AGUSTÍN SALOM

ADMINISTRADOR

OFICINAS DE REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PLAZA INDEPENDENCIA, 77
(COSTADO NORTE)

APARTADO DEL CORREO, NÚMERO 192

Agente General en la Rep. Argentina: Leopoldo G. García, Australia, 953



IMPRENTA "EL SIGLO ILUSTRADO", 18 DE JULIO, 23.

AGENDA DEL LECTOR

Almanaque de la semana

- 31 Lunes.—San Silvestre y santa Melania.
 1 Martes.—LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR.
 2 Miércoles.—San Isidro.
 3 Jueves.—Sta. Genoveva, San Florencio, obispo.
 4 Viernes.—Stos. Gregorio, Hilario y compañeros mártires.
 5 Sábado.—San Telésforo.
 6 Domingo.—LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES.

Registro Civil

Se paga: Por inscripción de nacimiento ó defunción	\$ 0.75
Por legitimación ó reconocimiento	0.50
Por casamiento	10.00
Por testimonio de cualquiera de esos actos	2.25

TIMBRES PARA RECIBOS DE ALQUILER

Se paga: 1. ^a De más de \$	1 hasta \$	5 \$ 0.02
2. ^a " " " "	5 " "	10 " 0.05
3. ^a " " " "	10 " "	25 " 0.10
4. ^a " " " "	25 " "	50 " 0.15
5. ^a " " " "	50 " "	100 " 0.25
6. ^a " " " "	100 " "	200 " 0.40
7. ^a " " " "	200 " "	500 " 0.80
8. ^a " " " "	500 " "	1,000 " 1.00
9. ^a " " " "	1,000 " "	1,500 " 1.50
10. ^a " " " "	1,500 " "	2,000 " 2.00

Efemérides nacionales

- 31 Diciembre 1825—El Coronel Leonardo Olivera ataca y toma la Fortaleza de Santa Teresa.
 1 Enero 1827—Supresión de los Cabildos en la Provincia Oriental.
 " 1867—Inauguración de la Bolsa Comercial en Montevideo.
 2 " 1826—Don Fructuoso Rivera es promovido á brigadier general.
 " 1881—Son trasladados á Montevideo los restos del general Leandro Gómez.
 3 " 1817—Libra Artigas, con éxito desigualado, el reñido combate del Potrero del Arapey.
 4 " 1817—Batalla del *Caballón*, entre las tropas orientales mandadas por Latorre, y las portuguesas á órdenes del general Curado.
 5 " 1837—Fondea en Maldonado la segunda escuadra inglesa, capitaneada por el almirante, con 5,000 soldados.
 6 " 1889—Inauguración de la línea férrea de Pando á Minas.

Tabla demostrativa de lo que corresponde al día, por sueldo ó alquiler, desde 10 pesos

10 \$ 0.33	18 \$ 0.43	16 \$ 0.53	14 \$ 0.63	22 \$ 0.73	20 \$ 0.83	28 \$ 0.93	36 \$ 1.03	34 \$ 1.13	37 \$ 1.23
11 " 0.37	19 " 0.47	17 " 0.57	15 " 0.67	23 " 0.77	21 " 0.87	29 " 0.97	37 " 1.07	35 " 1.17	38 " 1.27
12 " 0.40	20 " 0.50	18 " 0.60	16 " 0.70	24 " 0.80	22 " 0.90	30 " 1.00	38 " 1.10	36 " 1.20	39 " 1.30
									40 " 1.33

Arancel de Escribanos

Por un poder general	\$ 10.00
especial para varios asuntos	8.00
Testamento abierto otorgado fuera de la oficina	60.00
Inventario, por foja	8.00

Por la escritura matriz de los contratos de sociedad, hipoteca, obligación de cualquier clase, así como todo lo que á cualquier título importe transferencia de dominio (con excepción de las particiones) y los señalados en el artículo 1.^o con los números 7, 9, 10 y 13 cuando expresan cantidad, se cobrará con arreglo á la siguiente escala:

CONTRATOS

De \$	1 hasta	1,000 \$	10.00
"	"	1,500 "	12.00
"	"	2,000 "	15.00
"	"	3,000 "	18.00
"	"	4,000 "	20.00
"	"	5,000 "	25.00
"	"	7,000 "	35.00
"	"	10,000 "	60.00
"	"	15,000 "	70.00
"	"	20,000 "	80.00
"	"	30,000 "	100.00

Calendario agrícola de Enero

HORTICULTURA. Se sembrarán las siguientes semillas: Acelga, Achicoria, Radicha para verdeo, Arvejas inglesas, Guisantes, Arvejas inglesas enanas, Albahaca de hoja ancha, Alcapulles violetas, Alcachofas blancas de Piam, Apio blanco lleno, Apio nabo, Berenjena temprana, Bonchitarado de Finalé, Cebolla colorada y de Nápoles, Cebolla blanca de Genova, Coles crespas romanas, Coliflor, Papas, Pepinos, Perejil común y doble, Perejil crespo enano, Pimientos tempranos, Porreos de cuarenta días, Porros, Habichuelas blancas, Puerro blanco largo, Remolacha redonda, Remolacha colorada temprana, Repollo blanco de Pisa, Repollo báscala, Salsifis, Tomate temprano, Zanahoria roja temprana, Zapallitos de tronco.

ARBORICULTURA. Debe continuarse la poda en verde y los desputes y pellizcos necesarios para mantener el equilibrio y la armonía entre las diversas ramas de los árboles frutales, así como la supresión de los brotes inútiles, facilitando el acceso de la luz hasta el centro de las copas más frondosas y dándoles robustez y buena forma.

INJERTOS.—Es el más adecuado para practicar los injertos de *escudo*, llamado de segunda savia, en los cerezos y guindos y de *canuto* en otras, así como también los llamados *herbáceos*.

LA ALBORADA

SEMANARIO DE LETRAS Y ACTUALIDADES

CONSTANCIO C. VIGIL
DIRECTOR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PLAZA INDEPENDENCIA NÚM. 77

AGUSTÍN SALOM
ADMINISTRADOR

Año V.

Montevideo, 1.º de Enero de 1901

Núm. 146.

HOJAS SUELTAS

A estas horas, la humanidad descubre con impaciencia el velo de un nuevo siglo. Alegres, sonrientes á la dulce esperanza, comenzamos á vivir un nuevo centenar de años, cuyo fin no presenciaremos sino los casi inmortales que acumulan sobre su cráneo alargado la nieve de más de un ciento de veces trescientos sesenta y cinco días... Pero, conformémonos con la felicidad que nos deparan las hadas del tiempo, de ver lucir los albores de un nuevo siglo y asistir á la agonia del coloso XIX, al que, cuando dé doce campanadas el reloj que él confeccionó, sepultaremos gozosos, á la pálida luz de los focos que él inventó para alumbrar sus exequias.

—*

Remontándonos á la cumbre del siglo naciente, paseemos la atrevida mirada por el mundo. La alborada del siglo XXI fulgura en el horizonte...

¿Qué rumbos se habrá fijado la humanidad para entonces?

¿Hasta dón le llegaremos?

¿Qué ideales serán, aquel remoto día, los mejores?

¿Qué raza triunfará?

¿Qué continente será señor de la tierra?

La mirada se arrodilla impotente, sin que harrade los círculos primeros de tan vastos horizontes; ríndese avasallada nuestra frente, tan débil, al peso de tan tremendas interrogaciones, y la sabiduría se escapa toda de nuestro ser, en un llanto sincero y silencioso que clama por la felicidad en lo porvenir de la raza que nos dió vida, nos incitó al trabajo en su beneficio y nos marcó al nacer las horas que duraría nuestra jornada sobre la curva del planeta.

¡Que sean dichosos!

—*

¿Qué continente será señor de la tierra?

Tengamos el valor de ser francos. Querer es ya la mitad de la obra.

El siglo XX será el siglo de América.

Los Estados Unidos del Norte han arrancado, con vigor hercúleo, el cetro á las manos febriles y convulsivas de Europa.

Todo perece.

Todo se desarrolla y se reproduce.

¡América, hija de Europa, será madre en el siglo cuyos albores saludamos! En su tibio

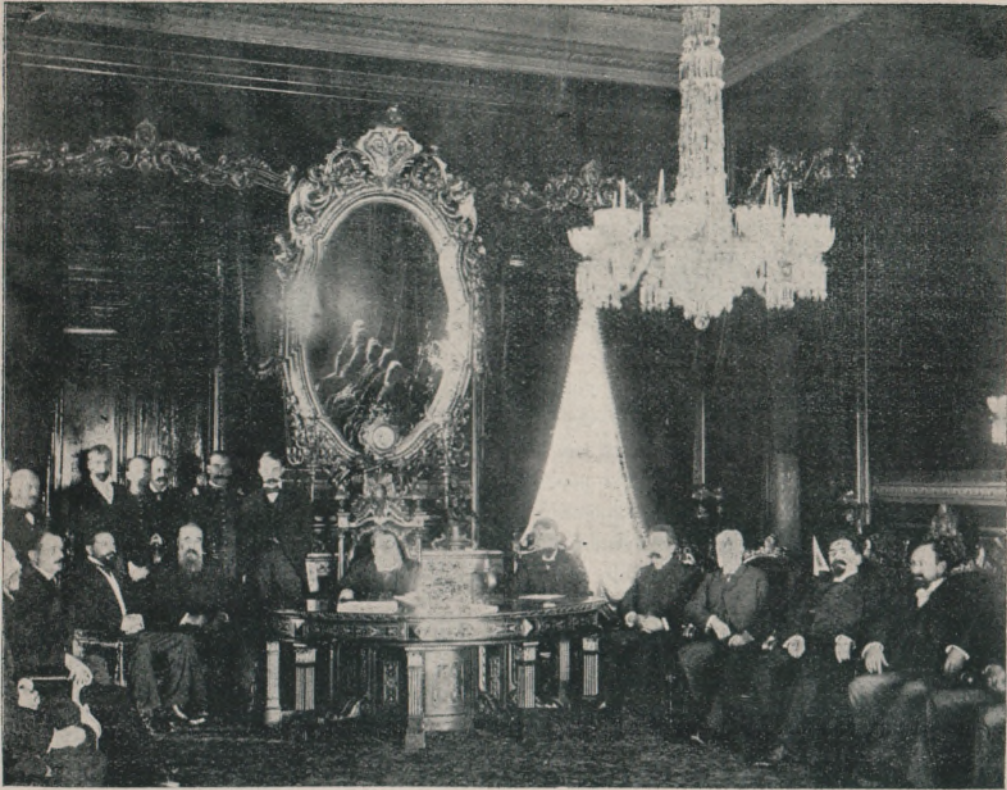
regazo florecerán las artes con peregrino vigor, y sus senos lozanos amamantarán las ciencias.

Arriba, americanos! Este estruendo universal



EL PUERTO

ESCRITURACIÓN DEL CONTRATO CON LA CASA ALLARD Y COMPAÑÍA



Tenemos la satisfacción de publicar una de las más interesantes notas gráficas, referente á los trabajos previos de la construcción del Puerto. El día viernes 18 del corriente tuvo lugar, en la Casa de Gobierno, la escrituración del contrato entre el Poder Ejecutivo, representado por el señor presidente Juan L. Cuestas, y el señor Dollfus, en nombre propio y como apoderado de los señores Allard, Coisseau, Couvreur, Duparchy y Wiriot. Una vez terminado el acto de la lectura y firma del extenso documento, el señor presidente dirigió la palabra á las personas presentes, entre las que estaban los ministros de Estado. Es este momento, el que reproduce el hermoso negativo de Fitz-Patrick—nuestro primer fotógrafo,—el señor Cuestas menciona, entre otros gratos recuerdos, que en aquel mismo salón y en fecha del mes idéntica, se firmaba la paz de Septiembre de 1897.

LEDA RÍE

(IMITANDO Á DARÍO)

Cantan los violines en la alegre fiesta;
Desborda en las copas el fino Champaña,
Y sigue las notas de la suave orquesta
La graciosa Leda con su risa extraña.

La graciosa ríe bebiendo el Champaña
Que á las embriagueces del amor provoca;
La graciosa ríe con su risa extraña
Mostrando las perlas de su linda boca.

Cantan los violines en la alegre fiesta.
La graciosa ríe con su risa extraña,

Su risa que sigue á la rítmica orquesta.
Su risa mojada con rubio Champaña.

Y cuando entre nubes esplende la aurora
—En la que la negra sombra se deslíe—
Callan los violines—y se oye sonora
La risa de Leda que ríe—que ríe.

TULIO C. MÁRMOL.

LAS NOVEDADES DE LA CIENCIA

LAS LANGOSTAS DE AMÉRICA.—El entomólogo K. d'Herculais, que fué contratado por el gobierno argentino para hacer un estudio de este insecto, acaba de manifestar á la Academia de Ciencias de París, que las langostas que invaden la América del Sud son congéneres de las que se encuentran en Argelia. Unas y otras pertenecen, en efecto, al mismo género. Las observa-



VICTORIA Y EL PRÍNCIPE CONSORTE EN 1860

ciones hechas por d'Herculais durante sus viajes á las provincias argentinas del norte y al Paraguay, como asimismo las investigaciones de laboratorio, le permiten demostrar que la especie americana, como las del antiguo mundo, llegada al estado adulto, sufre cambios de coloración según las estaciones. El color rojo aparece en invierno, y la coloración amarillenta en verano, durante la época de la postura. La coloración gris se presenta en otoño, y precede al período de la segunda postura, período durante el cual la langosta vuelve á tener un tinte amarillento. Estas observaciones han permitido reducir el número de las variedades de las langostas fijadas en la diferenciación de color.

LA ALTURA DE LAS NUBES.—Es esta una cuestión todavía no resuelta claramente, y que no podrá ser dilucidada sino por medio de numerosas observaciones que permitan obtener un cálculo suficientemente exacto.

Una revista científica, *Nature*, de Londres, acaba de publicar algunas cifras sobre el parti-

cular, deducidas de fotografías tomadas en dos estaciones cercanas á Exeter. Se ha encontrado así como altura media de los cirrus, 10,200 metros; de los cirro cúmulus 8,601 metros; de los cúmulus, 3,000 á 1,601 metros, según se examine su cumbre ó su base; y de los cúmulus-stratus 2,200 metros. Por otra parte, se ha constatado algo que no deja de ser interesante, y es que las nubes se elevan después de mediodía, alcanzando su mayor altitud cerca de las tres de la tarde y descendiendo en seguida. Los temporales llevan las nubes á gran altura, mientras que los ciclones las hacen descender.

LA NAVEGACIÓN AÉREA.—El señor Ernesto Deangelis, de Mónaco, ha terminado un proyecto de aereonave dirigible. Según dicen las revistas italianas, la nave del señor Deangelis tendrá notables ventajas sobre las que se han construído hasta ahora, pues se podrá elevar en el aire sin necesidad de gas. Todo su mecanismo estriba en numerosas hélices de varias formas, destinadas á usos diversos, y en un aparato facilísimo de maniobrar, que servirá de timón. Se ignora aún de qué medios se valdrá dicho señor para poner en movimiento las mencionadas hélices.



ÚLTIMO RETRATO DE LA REINA VICTORIA

UNA NUEVA INVENCION.—El célebre inventor americano Edison anuncia un nuevo y maravilloso descubrimiento. Ha inventado una máquina que permite obtener la electricidad del carbón directamente, sin la dinamo ú otro intermedio; es decir, que la electricidad se desprenderá del carbón como se desprende el vapor del agua caliente, viniendo á sustituir á esta fuerza. Debido á dicha invención, los trasatlánticos podrán efectuar el viaje de Europa á América en cuatro días, y todos iluminaremos nuestras casas con luz eléctrica.

Murat, guerrero intrépido, rey de Nápoles, fué hijo de un posadero.

Shakespeare, poeta inglés de inmortal memoria, tuvo por padre un carnicero.

Robespierre, orador, sabio, político, personificación acaso grande y funesta de la Revolución de Francia, fué hijo de padres oscuros, y debió su educación á la piedad de un prelado,

en la mañana de un siglo no es, en sus mil confusos ruidos, sino la diana triunfal que anuncia al mundo el comienzo de nuestra cruzada, por el derecho, por la razón, por la justicia, por la paz para el hombre y la tranquilidad de su conciencia.



He aquí en el sur del continente, agitado de continuo por ambiciones y por intemperancias; empobrecido; virgen de toda industria; pequeño en territorio entre dos grandes países; calumniado en el extranjero por los extraños y por sus mismos hijos,— á nuestro amado Uruguay.

Para él también debe sonar la hora de otro siglo.

El patriotismo, bajo el ancho pabellón de la paz, en el plácido taller de la concordia, ha de labrar su dicha.

Seamos HOMBRES DEL SIGLO XX. Seamos americanos, americanos avanzados: demócratas como Wáshington; uruguayos como Artigas.

Y si somos partidarios, ¡que no sea en cambio de ser patriotas verdaderos!

¡Dejémonos de himnos á la bandera — siempre adorada dentro del corazón,—y acudamos á guiar el arado por nuestros llanos vírgenes y á guarecer la res de la inclemencia del tiempo.

Trabajar, pensar, amar los generosos ideales...

LA PEREGRINACIÓN A KEVLAAR

(TRADUCIDO DE H. HEINE)

I

La madre, inquieta y silenciosa, se deja estar en la ventana, en tanto que el hijo permanece acostado en su pobre lecho.

—Guillermo, Guillermo, ¿no quieres levantarte para ver pasar la procesión?

—Madre mía, me siento tan enfermo, que no oigo nada, ni veo cosa alguna: yo sólo puedo pensar en mi muerta querida, y esto me despedaza el corazón.

—Levántate, hijo mío, iremos á Kevlaar. Toma tu libro de oraciones y tu rosario: la madre de Dios curará tu adolorido corazón.



Las banderas de la Cruz flotan al viento, se escuchan los sagrados cánticos con grave y majestuosa resonancia; la procesión recorre las calles de la gran ciudad de Colonia.

La madre y el hijo enfermo van también entre la abigarrada multitud, y ambos fervorosos cantan en coro: «Gloria á ti, María».

II

Nuestra señora de Kevlaar está hoy ataviada con sus más ricos vestidos: tiene hoy día mucho

que hacer, pues va á recibir una muchedumbre de enfermos y menesterosos.

Los enfermos preséntanle, á manera de ofrenda ó ex voto, miembros del cuerpo humano forjados de blanca cera. Éste le ofrenda un pie, aquél unas manos, y así los demás.

Y al que ofrenda una mano de cera, la mano enferma quédale al punto sana, y al que ofrenda un pie de cera, el pie se le cura.

Muchos vinieron á Kevlaar con muletas, y ya los vemos saltar en la maroma; otros tocan ahora el violín á maravilla, y llegaron acá sin poder siquiera mover un solo dedo.



La madre del niño enfermo tomó un cirio, con el cual forjó un corazón. Llévalo, hijo mío, á la Madre del buen Dios, y ella pronto sanará tu mal.

El hijo, suspirando, tomó el corazón de cera, suspirando también lo colocó delante de la santa imagen; las lágrimas brotabanle á los ojos, en tanto que del corazón le brotaban estas palabras:

—«Gloriosísima María, sierva inmaculada y Madre de Dios, Reina y Señora del Cielo, oye mi queja.

ROBERTO ESPINOSA,

Ecuatoriano.

Los climas suaves parecen ser los más apropiados á la prolongación de la vida.

Según el último censo de Alemania, se cuentan 78 centenarios en medio de una población de 55 millones de habitantes. En Francia existen

213 para 40. En Inglaterra hay 146, en Irlanda 578, en Escocia 46, en Suecia 10, en Noruega 23, en Bélgica 5, en Dinamarca 2, en España 401 con una población de 18 millones; y en Servia 575 con dos millones y cuarto de habitantes

TRES meses de asiduo trabajo le había costado á la buena mamá el trajecito blanco con que iría su Graciela, como una novia, á recibir la primera comunión.

El día de la Purísima se acercaba; ya venía la alegre fiesta en que iban las niñas al templo coronadas de azahares y llevando lindos ramilletes de azucenas para el altar de la Virgen María. Ah! Cuántas veces lloró de envidia la

BELLEZAS AMERICANAS



URUGUAYA

encantadora chiquilla al ver pasar á sus compañeritas muy ufanas con su vestido immaculado y camino de la iglesia que las llamaba con bullicioso concierto de campanas; pero ella era tan pobre, que no podía arreglarse para ir donde el buen Dios á pedirle que curase á su padre del feo vicio de la embriaguez.

Al fin de muchas economías y amargas privaciones, quedó todo listo para el día blanco de los diez años: un trajecito primoroso, como tejido con alas de blancas mariposas; una corona de azahares, una vela ornada de cintas y unos zapatitos muy cucos, preciosos estuches de raso con que hollaría las alfombras del templo y que luego guardaría muy bien, como gracioso recuerdo, para cuando ella fuese grande. ¡Qué contenta estaba y qué bien le caería todo eso, vestida así con la alba túnica de los ángeles y luciendo entre tanto armiño su madejita de cabellos rubios!

Como todo beodo, que busca pretexto para solazarse con más entusiasmo en su vicio, el viejo Lucas encontró el suyo: el cumpleaños de su hijita Graciela. La víspera de aquel día no llegó á su casa después del trabajo, sino que en la taberna, copa tras copa, cantó al placer hasta que le sorprendió el Alba. Tambaleándose y con su tarro de pintura roja y sus pinceles de oficio se dirigió á su casa en el momento en que repicaban las campanas para dar aviso á las almitas infantiles que Dios ya las esperaba.

—*—

Las ilusiones, mariposillas azules que anidan á miriadas en las cabecitas de los niños, revoloteaban en el sueño de Graciela, engrandeciéndola

BELLEZAS AMERICANAS



URUGUAYA

dose y coloreándose con mágica brillantez. Ah! qué sueño aquel: muchos ángeles rubios y graciosos le habían puesto unas nívicas alas, y en el momento en que iba á volar al cielo, su padre se las arrancó; pero ella, como una visión siguió siempre fugitiva por el inmenso azul.

Despertó en una mañana espléndida llena de gorjeos y de polvo de oro.

Presurosa, como pájaro que deja el nido, saltó del lecho á ataviarse con su trajecito blanco. Pero un grito de espanto exhaló al llegar á la cama en donde había dejado cuidadosamente sus prendas: su padre, ebrio como nunca y tendido allí, roncaba á todo gusto después de haber derramado la pintura sobre el vestidito de nieve, dejándolo purpurino como el manto de un rey.

La muchachita con los ojos empapados en lágrimas miraba aquella escena con profunda emoción.

Su padre, á quien ella quería tanto, había nublado su día blanco de los diez años!

—Ay, qué desgraciado eres, papaito mío—prorrumpió con dolorido llanto; por tí, y nada más que por tí, iba á ir muy bella al templo á rezarle al Señor para que te pusieras bueno; pero ahora... guarda mi corona de azahares para cuando yo muera...

Al fin aquel día no comulgó, pero puso en la frente de su padre un beso. Un beso lleno de inmensa ternura que el beodo sintió llegar á su alma y aletear luego en sus labios en frases de infinito amor.

RAFAEL ANGEL TROYO.

San José de Costa Rica, 1900.

CUENTO CHIQUITÍN

PERÍX es un chicuelo de doce meses, admirablemente parecido á esos Niños-Jesús grandotes que exhiben, en los días de Pascuas, las quincallas al por mayor.

Un día alguien le regaló una muñeca tan grande como él, que al tocarle cierto resorte hablaba, sonreía y languidecía los ojitos de cristal, con toda la perfección de una neurótica coquetuela.

Después que la recibió, la cabellera recogida con una cinta roja; el traje, azul como un fragmento de cielo primaveral; la cabecita, rubia como una estrella; la viveza de los ojos inertes, ojos de vidrio azul, todo en la muñeca le impresionó de tal suerte, que mirándola extasiado, parecía un pequeño artista enamorado: un artista! y apenas tenía por toda dentadura dos condensadas gotitas de blanca leche entre dos labiecitos color de rosa.

Primero no se atrevía á tocarla; luego, con el dedo índice, regordete y sonrosado, le *jurungó* un ojo, y después: riendo, la besó, la acarició, la

habló en ese lenguaje que le hablan ellos á las madres: pero la fría indiferencia del juguete le exasperó, y al fin, llorando, la mordió y la arrojó desde lo alto de la cuna.

La casualidad quiso que no se rompiera, é hizo que el golpe oprimiera el botón mágico, y entonces la linda señorita de pasta puso lánguida la mirada, sonrió dulcemente y más dulcemente aún empezó á murmurar: —Yo te quiero, yo te quiero! Acaso, el niño la oyó, pues no lloró más, se la dieron de nuevo y entre los dos empezó un raro idilio. Él reía y hablaba en su media lengua, y ella seguía repitiendo, al compás del movimiento de los ojos: —Yo te quiero, yo te quiero!

El abuelito de cabeza blanca, que junto conmigo contemplaba la escena, me dijo, como hablando consigo mismo: ¡Ah, las mujeres; así son todas!

RAFAEL SILVA.

HERENCIAS Y LEGADOS DEL SIGLO XIX

El siglo XIX heredó de los que le precedieron, el caballo, y lega á su sucesor la locomotora, la bicicleta y los coches automóviles.

Heredó también la pluma de ave, y lega en cambio de ella la máquina de escribir.

Heredó igualmente la guadaña, y lega la máquina de segar.

Heredó la prensa de imprimir á mano, y lega la prensa de cilindros que imprime, corta, pega y dobla el papel con celeridad vertiginosa.

Heredó las pinturas al óleo, y lega la litografía, la fotografía y el fotograbado.

Heredó el telar de mano, y lega las fábricas

de hilados con toda la maquinaria que en ella se encuentra.

Heredó la pólvora de escopeta, y lega la lidita.

Heredó las velas de sebo y el candil de aceite, y lega la luz eléctrica y la del gas acetileno.

Heredó la batería galvánica, y lega la dinamo.

Heredó los fusiles de chispa, y lega los cañones Maxim.

Heredó los barcos de vela, y lega los de vapor.

Heredó el sistema de señales con hoguera y teas, y lega la telegrafía eléctrica y el teléfono.

Heredó la luz solar, y lega los rayos de Roentgen.

LA ALBORADA inicia sus páginas artísticas con una verdadera primicia: una hoja de álbum inédita de uno de los artistas españoles contemporáneos de más talento y fama— el pintor zaragozano Mariano Barbasán Lagueruela, residente en Anticoli-Corrado, Roma. La casa de Maveroff ha expuesto muchas veces notabilísimas obras suyas, y Montevideo se enorgullece de contar entre sus mejores



colecciones algunas magistrales telas del maestro español. La página que ofrecemos — espontáneo y valioso obsequio del artista á uno de nuestros colaboradores, — es, á pesar de su sencillez, un trabajo de indiscutible mérito: el producto de una mano elegante y firme y de un espíritu refinado y sutil en extremo. Observad la pureza de las líneas, la seguridad del rasgo, la exactitud de la actitud de cualquier figura, y veréis muy pronto, de esos apuntes, de esos estudios, toda una inteligencia poderosa, todo un artista de raza, que derrama exquisitez y prodigios hasta en las cosas más triviales, como si fuera necesidad ineludible en él de ser siempre grande, siempre delicado y brillante. No logra esa perfección quien no es perfecto en el arte de

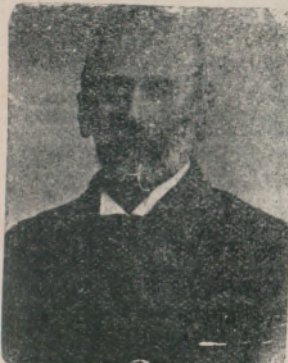
dar vida real, con líneas puramente, á los seres ó cosas que reproduce. Barbasán es, con el pincel en la mano impecable. Todas sus obras son modelos de colorido, de forma y de espontaneidad, como modelo es él de generosidad y nobleza zaragozana.

Más adelante, y con nuevas páginas del ilustre artista, prometemos el estudio sobre su personalidad hecho por uno de nuestros compañeros de labor. Hoy nos limitamos á estas simples

líneas de presentación y á la inserción del retrato del habitante de Anticoli-Corrado, el último que de él ha llegado á Montevideo, sacado hace apenas mes y medio en la misma huerta que le sirve de amplio estudio.

Como nota final, y para dejar constancia de las simpatías profundas que Barbasán tiene por este país, sentimos orgullo en decir que una buena parte de los amigos del genial pintor son orientales y que á la fama universal de que está rodeado su nombre va unido el nombre de esta ciudad por la exposición que de muchas de sus obras se ha hecho y se hace frecuentemente en la casa Maveroff.

NOTAS LUCTUOSAS



EL día 27 dejó de existir el honesto y bien querido ciudadano señor Lindolfo Ponce de León, padre de una distinguidísima familia, en la que se cuentan los estimados jóvenes Jorge y Redolfo Ponce de León. Su muerte es una pérdida verdaderamente dolorosa para el país.

FALLECIÓ el mismo día el señor comerciante de esta plaza don Juan B. San Miguel, antiguo empleado de la firma Hoffman y que fué durante muchos años un miembro muy apreciado del comercio mayorista, como dueño de una importante casa. Actualmente, era gerente de la misma casa Hoffman, en la que permaneció com 50 años.



TODA la tarde estuvo Eudoro, la cabeza entre las manos, los ojos perdidos en no sé cuál lejanía de ensueño, muy lejos de sí mismo,

DEFENSORES DE PAYSANDÚ



GENERAL LEANDRO GÓMEZ, FUSILADO EL 2 DE ENERO DE 1865

en una escapada melancólica al país de los recuerdos.

Estaba triste, muy triste. Por la primera vez amaba de veras, y su amor era la causa de su pena. Ese amor no podía vivir. Lo mataba la inopia. Y el pensamiento del joven, adolorido, se fué á los buenos tiempos de la infancia.

El recuerdo es amargo y embriagador como el ajeno. La memoria de las cosas pasadas, de los amores muertos, de las viejas alegrías, es de una voluptuosidad dolorosa. Eudoro pensó en su padre, en el gallardo militar muerto de cara al enemigo, en pro de su bandera. Tuvo envidia de aquella desaparición luminosa. El hijo del héroe sintió la nostalgia de la gloria. Sentía vagas aspiraciones hacia esa dulce quimera. Retoño de una aristócrata, que despreció siempre las clases bajas, y de un soldado, que despreció siempre la vida, Eudoro sentía cómo se alzaban en su corazón desdeños atávicos, cumbres de orgullo, doradas nieblas de vanidad. Estas nieblas, ahora rasgadas por la miseria, no eran sino trágicos girones; estas cumbres, fulminadas por el dolor, ardían; estos orgullos, enfrénados, se encubritaban como potros cerriles.

Nacido en cuna de oro, criado en la opulencia, gozando una primera juventud color de rosa, Eudoro, como la Porcia de Musset, vivió:

*Ignorant le besoin, est jamais sur la terre,
Sinon pour l'adoucir, n'ayant vu de misère.*

Sumido en el pasado, Eudoro veía surgir del fondo del tiempo aquellos días risueños, colmados de bienestar, aquellas noches de fiesta presididas por su madre, joven y hermosa. Después vino la muerte del padre, el abandono de los mejores amigos, la indiferencia de los áulicos de la víspera. Los días radiantes pasaron primero, á los ojos de su espíritu, como una dulce teoría de vírgenes blancas y soñadoras. Pronto vió interrumpida la procesión de frescas hermosuras por una cáfila de euménides de rostros espantables y cabelleras en desorden. Eran los días negros, las horas de miseria y pesar.

Su padre, después de todo un poco bohemio, era un despilfarrado. La muerte lo sorprendió en la bancarrota. Su vida, lujosa y dorada, era algo teatral. Caído el telón pudo verse que el brillo era de lentejuelas; el oro, oropel; la majestad, apariencia; la riqueza, ruina; y que sobre aquellos hombros la púrpura encubría la desnudez.

DEFENSORES DE PAYSANDÚ



GENERAL LUCAS PÉREZ, † EL 1.º DE ENERO DE 1865

El huerfano fué padre. Se encontró, á los cinco lustros de su edad, jefe de una familia de mujeres. Con una educación superficial, educa-

ción de *dilettanti* que todo lo desflora sin profundizar en nada, con hábitos de lujo, inhábil para otro ejercicio que no fuera el amor, la galantería, aquel joven cortesano, hecho de pronto gladiador en la lucha por la vida, entró en el circo mal armado, y regó la arena con sangre, y abrió surcos con su cuerpo y marcó huellas de lágrimas.

Bello como un San Jorge, dulce por temperamento, fino por educación, este enamorado, lirio de los salones, languidecía al golpe violento del huracán. Su tallo se cimbraba, pronto á partirse; su corola de nieve, abatida, besaba el polvo.

Eudoro meditaba en todo esto. Se comprendía débil sin querer confesárselo á sí mismo. Su ensayo de hombre fuerte fué un fracaso. Sin darse cuenta de ello, Eudoro era una víctima: víctima de sus abuelos ociosos, galantes y soñadores; víctima de su educación; víctima de su medio. Del espíritu emprendedor, marcial y aventurero de su padre no tenía Eudoro. Era más bien como uno de sus antepasados maternos: hermoso, enamorado; poeta cuya mejor canción era su propia juventud; espíritu contemplativo, incapaz para el combate, apto para el placer.

DEFENSORES DE PAYSANDÚ



CORONEL TRISTÁN AZAMBUYA, † EL 2 DE ENERO DE 1865

Eudoro sufría mucho esa tarde. Su último dolor le rompía el alma. Amaba, amaba de veras,

como nunca amó. Aquello no era un amor, sino el amor. El padre de la hermosa adorada no transigía con Eudoro; mataba el sentimiento en

DEFENSORES DE PAYSANDÚ



TENIENTE CORONEL JUAN M.ª BRAGA, FUSILADO EL 2 DE ENERO DE 1865

el corazón de la niña; la distanciaba del gentil mancebo; y hacía de su voluntad, dique, para que aquella pasión no rodara sus crecientes linfas en el seno de la beldad.

Eudoro comprendía que su indigencia era su perdición. Por eso pensó en su padre, en los buenos días dorados, en su infancia risueña y feliz.

De súbito se incorporó, y dirigiéndose como á un interlocutor invisible, dijo rabiosamente:

—Me hubiera muerto niño.

Se respondía con esto á una pregunta esbozada en su ánimo, á una pálida aspiración de aniquilamiento.

Recordando al padre de la niña, rugió:

—¡Qué infame! ¡Rechazarme por pobre!

Y prosiguió monologando mentalmente:

—¡Por pobre! ¿Nada valen mi nombre, mi juventud, mi amor? Mi padre no ilustró su apellido para que un cartaginés, un vampiro de la banca, un avaro, lo afrentase, rechazándolo. Mi juventud recibe un puntapié de Harpagón. Ese hombre no sabe que un mozo es una mina. En el fondo de un corazón juvenil acaso duerma, como el oro en el yacimiento, la virtud de la intelectualidad poderosa, la perla del heroísmo, el genio en embrión. De la juventud puede espe-

rarse todo porque á todo se atreve: huella todos los caminos, invade todos los campos, cruza todos los espacios, salva todos los abismos, ama

DEFENSORES DE PAYSANDÚ



CORONEL EMILIO RAÑA, FUSILADO EL 2 DE ENERO DE 1865

todas las ideas, persigue todos los ideales. La juventud ¿es interesante como que puede ser el alma del prodigio. Cuanto sale de ella es puro como el agua del manantial. Ella es el amanecer del porvenir, la fianza del futuro. ¿Acaso el oro es la felicidad? ¿Un rayo de amor no deslumbra más que el brillo del dinero? ¿Qué moneda sino el beso paga el suspiro de un corazón enamorado? ¡Miserable Eugenio Grandet, te abomino! Pero verás cómo lucho con tu avaricia; cómo venzo de tu crueldad, anciano terrible. Tu cara es de Tersites, tus ademanes de Cartouche, tus proceder de Loyola. Tienes aspecto de espectro. Gavilán, yo arrebataré de tus garras el ave del paraíso!

Fatigado el pensamiento de Eudoro, se detuvo al recordar á su amada; se detuvo en ella, en la memoria de ella, como una paloma anhelante en la cima de un limonero en flor.

De nuevo echó á volar, torciendo el rumbo. Y Eudoro se dijo:

—No; yo no debo denigrar de ese hombre. En el fondo procede bien. Su conducta es inspirada en el amor. Ese padre quiere á su niña. Espera para ella los blancos palacios de mármol, las libreas galonadas de los lacayos, el oro de los candelabros, las sedas, en una palabra, la dulzura de la vida tal como puede concebirla su ca-

beza de negociante. Después de todo, está en lo cierto: fuera del dinero no hay salvación. Un pobre no tiene derecho al amor; no puede pagarse ese lujo. El amor entre dos pobres es una conspiración contra la sociedad. Un pobre enamorado de una rica es sencillamente un hombre sin pundonor, un cínico. Yo no aspiro á ese dictado. ¡Cállate, corazón! Esconde tu lepra. Tu amor es tu ignominia.

¡Quién sabe, por otra parte, cuántas noches de insomnio le cuesta mi pasión á ese infeliz! ¿Qué derecho tengo yo para hacer desgraciado á un hombre por el solo crimen de ser padre de una mujer hermosa? ¿Cómo podría, sin ser un criminal, ceñir de angustia esa cabeza blanca, echar el dolor, como un dogal, al corazón de ese padre?

Yo la amo, y en nombre de mi amor la hago sufrir, ensombreciendo el alma de ese anciano! Otro le dará también su amor sin que ese amor cueste ni una lágrima. Ese viejo que me odia tiene un punto de contacto conmigo: su hija: ambos la queremos. El cariño de esa mujer nos une. Debo estar agradecido al bienhechor de mi amada.

Con una sonrisa de tragedia en los labios y una mirada maldita en los ojos, el enfermo, el pobre enfermo de amor, se puso en pie.

DEFENSORES DE PAYSANDÚ



TENIENTE CORONEL SIERRA † EL 2 DE ENERO DE 1865

Su alma, levantada también de un nido de recuerdos, sacudía las negras alas.

A lo lejos, hacia el fondo de la casuca, se escuchaba, fresca y vibrante, la voz de una hermanita del soñador que lo llamaba cariñosamente:

—Eudoro, Eudoro.

II

Es una noche azul y trasparente, noche del trópico, tibia y fragante como lecho de recién casados. La multitud llena las calles. Los letreros de gas fulguran, temblorosos, como arañas trémulas que escalan los muros. El traqueteo de los coches, el chasquido de las fustas, la voz de los pregoneros, la charla de los enamorados, la risa de los alegres, los pasos de la turba, la respiración de la ciudad, constituyen el estrépito wagneriano, la extraña sinfonía de la prima noche.

El parque rebosa en gente. Una banda militar suena los cobres, de cuyas gargantas metálicas surgen notas vibrantes como centellas, suaves como caricias, dolorosas como lamentos, como cintarazos rudos. La multitud la rodea. La banda toca y toca. Aquellos músicos de uniforme, aquellos como soldados artistas, al final de cada partitura se embriagan con el aplauso, y á las veces repiten la tocata con furia lírica, llenos de un ardor marcial.

Alrededor del parque la gente se pasea. Algunos novios, dulces enemigos, se reconcilian en

En la sombra, al pie de un frondoso árbol, en un banco de piedra, estrecho y rústico, se percibe la figura de Eudoro. Está solo; medita; y una como negra nube de dolor oscurece su frente.

La banda rompe de nuevo, después de unos minutos de silencio, con una armonía bélica. Es una marcha militar. Un instante, Eudoro, fuera de su meditación, mira cómo pasaba y repasaba un hombre, marcando el compás. El individuo se devolvía de un farol á otro, en un espacio de veinticinco metros, casi en la sombra. Se divertía el buen sujeto sin creerse observado.

De pronto un grupo de jóvenes, estudiantes acaso, lo advirtió. El racimo humano de mozalvetes lanzó una sonora carcajada y prosiguió á su vez la marcha, marcando el compás. Una pareja de novios, dos muchachos, que venía detrás, del bracero, contagiada, imitó á los estudiantes; alguien imitó á su vez á los novios, y por un momento fué la plaza batallón alegre y revoltoso que marchaba al compás de la música.

Eudoro se sonrió melancólicamente á la vista de aquella multitud danzante y risueña:

—¡Qué barato compran algunos la felicidad!, exclamó.

Ante la alegría de los demás, Eudoro comprendió la profundidad de su tristeza.

Nada de lo que divierte á los otros, me satisface ni me gusta, se dijo. Yo me siento muy distante de esa multitud. Parodiando al Cristo, yo pudiera exclamar:

—Pueblo, ¿qué hay de común entre tú y yo?

Y prosiguió monologando, engolfado mentalmente en una desolada filosofía.

—Yo me alejo de la turba: la temo; me contagia su estupidez, mi piedad para ella se resuelve en cóleras.

La música había terminado. La gente, poco á poco, abandonó la plaza. Apenas restaban grupitos, al pie de los faroles. De los cafés vecinos salían carcajadas. De cuando en cuando atravesaba, el paso menudo, recogido el enfaldo, aromando el ambiente, alguna devota de Afrodita. El cielo parecía un cofre en cuyo fondo azul centelleaban topacios. Los globos de luz eléctrica, pálidas lunas, iluminaban con su blanco fulgor de perla.

Un ebrio pasó haciendo eses y gritando:

—Viva la República!

Eudoro pensaba: la lucha es estéril. ¿Qué beneficiamos de ella? ¿Cómo consagrarle nuestra juventud, nuestras ideas, nuestras energías á una sociedad que nos abandona? Lo único amable es el amor. La juventud es de él, como la primavera es de las rosas. La poesía de la existencia con-

DEFENSORES DE PAYSANDÚ



CAPITÁN FEDERICO FERNÁNDEZ, FUSILADO EL 2 DE ENERO DE 1865

la penumbra, bajo el follaje; otros abren su alma, rico estuche de afectos, donde fulgura el amor, ese diamante, como una chispa de sol.

siste en el dolor de amar. Y cuando un hombre no puede darse al amor, se debe dar á la muerte.

El soñador volvía al suicidio, como siempre que el Dolor lo acosaba; volvía al suicidio, con anhelo de refugiarse en la tumba.

Eudoro se decía: un suicida es un valiente. La única puerta por donde puede salir la dignidad, del mundo, sin doblegarse, es la del suicidio. Un hombre que se mata á conciencia es un héroe. Todas sus culpas, todas sus flaquezas, todas sus ignominias, si las tuvo, deben ser olvidadas. Ese se ha redimido. La muerte así es un crisol. Sí; el que se aventura á lo desconocido, el que da un puntapié á la existencia, el que se embarca en la barca negra, rumbo á lo ignoto, no teme cuanto existe de más temible: el misterio, la tumba, el olvido, en una palabra, la sombra.

Eudoro había cultivado en su alma la idea de la muerte voluntaria, como una flor, y ya la flor daba su aroma fúnebre.

Ya era tarde, y en el silencio nocturno, Eudoro oía su propio pensamiento. Un rayo de luna, filtrándose al través del follaje verde, acariciaba como un beso de plata aquel rostro. A esa luz se podían ver las centellas de aquellos ojos húmedos y claros como algas.

Muy cerca del banco rústico de donde surgía, de cuando en cuando, la voz de Eudoro, en aquel sordo monologar del enamorado, el fauno de bronce de una fuente vomitaba un chorro de agua refrescante. Casi todo el mundo había desaparecido. Un polizonte, de lejos, observaba la actitud sospechosa y escuchaba el lenguaje entrecortado y alarmador de aquel extraño platicante de la media noche.

Por fin se partió. El policía lo miró alejarse. El fauno de la fuente con su faz grotesca y empapada de agua se sonreía al verlo pasar; y alguno que conociese el lenguaje de los broncees tradujera la pícara sonrisa, el guiño de ojos del fauno, en un reproche por aquel abandono, en un presentimiento de tragedia, en un adiós melancólico.

III

Eudoro entró en su casa. El perro, el viejo Sultán, lo desconoció y gruñó; pero pronto vino hacia su amo, meneando la cola.

La casa dormía. Eudoro entró en su cuarto é hizo luz.

La lámpara, una lámpara con pantalla verde, esparce un fulgor de esmeralda. A esa pálida claridad resplandece una pequeña habitación de

soltero. En un rincón, el lecho, de albura inmaculada; al otro extremo, el escritorio de palisandro, mueble antiguo, reliquia del hogar, resto de esplendor salvado milagrosamente.

Exornan las paredes algunos cuadros: una caza de Diana, un Caronte feroz y un grupo de Vestales.

Sobre el escritorio lucen dos grabados, muy modernos.

Es el primero un oficial francés, caído en el campo de batalla, la espada rota, sin kepí, desfalleciente. Ha pasado el combate; un médico de la Cruz Roja con cara de angustia pide un trago de aguardiente á un paisano. Éste empieza á escanciarlo de su bota en un vasito, poco á poco, casi con indiferencia. El médico tiende la mano y la vista al frasco generoso, mientras el oficial, muy parecido á Rochefort, parece morir.

El otro cuadro es mucho más risueño. Es la tarde. Un mísero anciano trabajador, restituído al hogar de su faena del día, toma asiento en una carretilla y empieza á encender su pipa. Su netezuelo, niño hermoso é ingenuo, lo mira, deja el trompo, y corre á sentarse, lleno de curiosidad, junto al anciano. A lo lejos, hacia el fondo de la casa y del cuadro, cruza una mujer llevando un perol en la mano. Acaso sea la hija del viejo, la madre del muchachó, que vaya á preparar en la cocina el puchero de la tarde.

Eudoro, sentado al escritorio, des le que entró hunde la frente en el pupitre, y, los dedos clavijados sobre la nuca, yace en una inmovilidad de ataraxia.

Lentamente alza el joven la pálida cabeza y murmura como si desgarrase el dolor con los dientes.

— Sí; debo matarme. Hace tiempo aguardo el valor que me acompaña en este momento.

Tenía hundidos los ojos, pálido el color, demacrado el semblante. Dos violetas, muy parecidas á las violetas de la muerte, teñían de morado sus párpados. Los labios hacían una mueca trágica. Abrió una gaveta y sacó dos retratos; el uno era de su padre en uniforme de rigurosa gala, de su madre el otro. Los miró mucho espacio de tiempo, los besó repetidas veces, los puso contra su corazón como la imagen de una novia, los besó nuevamente, y ante aquellas efigies adoradas rompió á llorar.

Al cabo de unos momentos se recobró. Restañó sus lágrimas y convino consigo mismo en que debía proceder. Diferir más su intento era exponerlo á fracasar. Meditarlo era no realizarlo.

Creyó bueno escribir, razonar su locura, disculparse; pero comprendió que necesitaría escribir una obra, no una carta. Tuvo un secreto pudor de su pena. Le repugnaban esos muertos charlatanes. Sin embargo, ¿cómo no decir el último adiós á su pobre madre, á su madre querida, á su madre infeliz, á quien sumía de nuevo en el dolor; cómo no impetrar perdón de aquella madre á quien abandonaba mísera y viuda?

Por fin escribió un pliego bañado en lágrimas. Aquello no era carta, sino elegía.

No bien hubo concluido tomó una tarjeta, puso dos líneas, y escribió en la cubierta, en gruesos caracteres, el nombre de su amada.

Se levantó y se miró al espejo. Estaba pálido, muy pálido: su rostro, fino y melancólico parecía la cara de mármol de un Dios.

Con mucha calma empezó á cambiarse de ropa. Se amortajaba á sí mismo. La franela limpia que se puso, muy ceñida, dibujaba aquel cuerpo delgaducho y gentil de caballo árabe. Se lavó la cara y las manos; cepilló sus dientes y sus uñas; y se volvió á mirar en el espejo. Con una extraña coquetería de buen mozo ensayó una sonrisa que resultó una mueca macabra; y comenzó á peinarse cuidadosamente. Se hacía la última *toilette*.

Abrió la ventana. Una ráfaga de brisa y de noche oreó su frente. El cielo, clareante, manchado de nubes, parecía una piel de jaguar, azul y fantástica. De algún corral vecino trajo un sepllo de viento el canto varonil y vibrador de un gallo. Eudoro se estremeció. En el silencio de la hora le pareció siniestro aquel canto. Cerró las maderas de la ventana, y tembloroso aún se preguntó:

¿Tendré miedo?

Pero no; no era miedo. Para llegar á esta re-

solución extrema, cuántas noches de insomnio, cuántos días de dolor! En el alma de Eudoro se había cumplido un proceso. Ya no le quedaba sino ejecutar lo que tanto meditó, lo que había resuelto en su corazón, de tiempo atrás. Pronto se repuso y prosiguió llevando á término su obra de destrucción con una tranquilidad aterradora.

—Despachemos, se dijo; ya es muy tarde.

Sacó el reloj del bolsillo del chaleco, vio cómo eran las cuatro, y lo puso abierto sobre el escritorio. Después tomó su revólver, lo llevó á la luz, hizo girar la masa, y como en un ensayo lo acercó á las sienes. El frío del cañón heló su cuerpo. Un calofrío culebreó por su espina dorsal. De nuevo lo vió, é hizo ademán de morderlo. El acero, destemplando sus dientes, lo obligó á castañearlos.

Pero todo esto era apenas una burla á la muerte, una engañifa á la tumba. Él tenía su plan. Se acostó; se amortajó en la ropa blanca del lecho; envolvió el revólver en una frazada para que la detonación fuera sorda, para que el ruido muriese ahogado en la cobija; se tanteó el sitio del corazón; alzó la franela; se apoyó el revólver en el pecho, y disparó.

La sangre comenzó á brotar. Las manchas rojas sobre la albura del lecho parecían camelias de púrpura en la escarcha. A la luz verde de la lámpara el rostro del moribundo aparecía más pálido y siniestro.

Poco después, de la herida ya no brotaba la sangre á borbotones, sino en una mansa corriente de arroyo, como un cordón de púrpura. Ay! en ese arroyo bermejo se estaba ahogando una juventud; ese hilo rojo ataba una vida á la tumba.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

Maracaibo (Venezuela) 1900.

CHILINDRINAS

Avaros.—Los avaros estarían alegres con grillos, siempre que fueran de oro.

—*—

Amor.—Sin el amor no habría existido la tercera persona de la Santísima Trinidad.

—*—

Amigos.—Dos amigos perversos, son dos enemigos en acecho.

Antepasados.—Los que pretenden valer por el

mérito de sus antepasados, ponen más en claro el camino de que se han desviado.

—*—

Ajedrez.—Sufriríamos menos reveses de fortuna, si en el juego de la vida, como en el del ajedrez, pensáramos con detención en las jugadas futuras nuestras y contrarias.

D. R.

EL FÓSFORO

Azul de Prusia el rostro le mejora,
Plugo al Rey Algodón darle esqueleto;
Traje abejuno, continente escueto;
Genio servil, que libre se desflora.

Cuando abro la prisión multicolora,
Salta y la embiste, formulando el reto,
Y al leve roce que produce inquieto
Pálida llama surge y lo devora.

Presuroso huye el humo. Ennegrecida
Breve instante la testa, ígnea se abate,
Se ródea del cuello, y se desprende...

Síguela el cuerpo, en su postrer caída,
Dejando al paso una reliquia mate
Que en albo llanto convertida asciende.

C. C. VIGIL.

DOCTOR ANDRÉS CEBERIO



DESDE hace algunos años residía en San Carlos el joven é inteligente facultativo que perdió la república el día 18 del pasado mes. La revolución del 97 lo contó en sus filas como soldado y como médico, después de haber sido uno de sus más entusiastas propagandistas. Actualmente presidía la comisión departamental nacionalista de Maldonado, donde ocupaba uno de los primeros puestos sociales.

Joven, muy ilustrado, de vasta inteligencia, lleno de las más levantadas y generosas ambiciones, su eterno alejamiento del escenario de la vida produjo hondo dolor en toda la república.

ALEJANDRO LEGENDRE

Se halla á consideración del gobierno una solicitud suscripta por el comercio y vecindario de Paysandú, á fin de que se confiera el cargo de oficial 1.º de la Administración de Rentas y Correos al señor Alejandro Legendre, quien — dicen los firmantes — «además de prolongada práctica en tales funciones, posee notables cualidades de inteligencia, laboriosidad y honradez, que garantizan la más amplia satisfacción á los intereses públicos, tan íntimamente vinculados con aquel importante cargo».

El señor Legendre es, en efecto, un honesto y correctísimo caballero, merecedor de la alta distinción de que ha sido objeto por parte de la población sanducera. No dudamos que el gobierno atienda la solicitud de la referencia, en favor de un empleado público que lleva 15 años de servicios, observando intachables procederes.



EL PATO DEL FAKIR

HABÍA hace mucho tiempo en la ciudad de Bengala, en la India, el más famoso de los fakires que ha producido aquella tierra maravillosa de la magia y de los misterios.



Habitaba entre las ruinas de una pagoda secular, y se le veía en las noches claras, acurrucado sobre un trozo de columna, sosteniendo en sus brazos desnudos y descarnados el gran libro de los Vedas, con la mirada siempre fija en los caracteres sánscritos.

Su nombre era Simla; su aspecto el de un esqueleto; su edad centenaria, y su condición triste y miserable.

Pero brillaba en sus ojos, con fulgor extraño, el fuego divino de los elegidos de Brahma, y las gentes le miraban con veneración.

A fuerza de maceraciones y torturas había conseguido reducir la materia hasta el extremo de una momia y dilatar el espíritu hasta la mansión de Budha y de Vishnú, donde reside la infinita sabiduría.

En una de aquellas noches de luna, en que las blancas ruinas de la pagoda parecían de plata, sirviendo de argentado marco á la negra figura del fakir, destacóse á su lado una sombra y apareció un bonzo arrastrando sus andrajos amarillos y alzando hacia el fakir su cara demacrada por la miseria.

¡Oh, grande y poderoso fakir! exclamó el bon-

zo. Estoy cansado de soportar la desnudez y el hambre. Vengo á pedirte auxilio en mi desgracia. Tú que conoces los secretos de las ciencias misteriosas, tú que lees en el gran libro de los Vedas... Dime, en nombre de Brahma y de Budha, ¿qué debo hacer en medio de mi infortunio?

No bien había acabado de hablar el bonzo, oyéronse las recias pisadas de un elefante; luego la masa negra del paquidermo avanzó haciendo crujir bajo su enorme peso los fragmentos calcinados, se detuvo en frente del fakir y descendió de su elevada y magnífica silla de marfil un personaje de regia vestimenta.

Prosternóse tres veces delante de Simla y exclamó:

Grande y poderoso fakir. Soy uno de los monarcas del Asia; uno de los más opulentos y uno de los más desgraciados. Cuento los palacios por millares, mis cofres rebozan de inmensa pedrería; tengo un ejército de esclavos que ciegos obedecen mis órdenes; poseo en mis harenas las mayores beldades de Oriente y Occidente; pero no puedo ser dichoso mientras no desaparezca esta maldita joroba que veis...

Y, en efecto, descubriéndose á la luz de la luna, demostró ser un jorobado compadre del dromedario.



Vengo, gran fakir, continuó el monarca, á pedirte de rodillas que me quitéis esta joroba in-

soportable, á trueque, si es necesario, de toda mi fortuna. Prefiero ser un miserable pordiosero antes que un Rey jorobado.

El bonzo al oír esto dió un salto y exclamó: Señor, venga para mí esa joroba con todas sus adehalas... que yo os daré en cambio el espinazo más tieso que existe en Bengala. Y como ambos mirasen al fakir haciéndole ademanes de suscribir el convenio, éste dijo: sea! Extendió sus negros brazos hacia el oriente y el poniente, pronunció algunas palabras sánscritas y se operó al instante la extraña metamorfosis entre los dos individuos.

El bonzo se dobló con la joroba y recibió la imperial corona; el monarca se puso los andrajos del mendigo y enderezó el cuerpo.

Dieron las gracias al fakir, y ambos, llenos de alegría, tomaron opuestos caminos.

¡Qué alivio! iba diciendo el nuevo pordiosero. Se me ha quitado un peso de encima. ¡Qué me importa la miseria con tal de haberme librado de esa horrible joroba!

¡Qué alivio! iba diciendo á su vez el nuevo soberano. ¡Esto se llama vivir! Se acabó el hambre, la fatiga y el desprecio público. ¡Qué me importa ser jorobín, digo jorobado, cuando me voy á dar una vida de Rey!

El fakir los miró alejarse en silencio y luego volvió á fijar sus ojos en el gran libro de los Vedas.

II

Había pasado no más que un período lunar desde los sucesos referidos, y había vuelto el fakir á sus meditaciones solitarias, sobre el trozo de la derruida columna, bajo los pálidos rayos del astro de la noche, cuando oyóse el ruido de recias pisadas de elefante y bajó de la alta silla de marfil el monarca jorobado.

Oh, gran fakir! exclamó. Muchos goces encierra la fortuna. Yo los he apurado todos, con la inmensa satisfacción engendrada por miserables años de privaciones; pero ya no aguanto la joroba y vengo á suplicarte que me la quites, en nombre de todas las encarnaciones del divino Brahma.

Bendito sea Budha! dijo una voz temblorosa entre el fakir y el antiguo bonzo. He aquí que yo venía ¡oh gran fakir! á rogarte que me sacaras de esta miseria horrible. Me mata el hambre, la fatiga y la intemperie. Aborrezco estos andrajos que visto; me hiere el desprecio de las gentes y he maldecido mil veces la hora en que tro-

qué mi suerte por la del bonzo. Prefiero mi joroba.

Y yo mi columna vertebral íntegra, dijo el bonzo.

—No vale la pena de andar derecho con el estómago vacío.

Tampoco encuentro yo cosa agradable llevar esta giba en el espinazo.

Y los dos suplicantes, pedían al fakir que cambiara otra vez los papeles.

Simla les mostró un pato que en ese momento se agitaba sobre el duro pavimento.

¿Y bien? interrogaron ambos.

Ese es un animalito, replicó el fakir, que anhela por el agua como todos los patos. Sabe, sin embargo, que no ha de encontrar ningún estanque en esta árida región, y no se queja. Pero como sus deseos están puestos en el agua, de que carece, se consuela haciendo el aparato de que se baña, aunque sea en seco. Todos los patos



hacen lo mismo, cuando les falta el agua; le dan á los hombres un ejemplo admirable de paciencia. Miradle cómo parece hundir el cuello en la onda cristalina; miradle batir las alas azotando las frescas linfas... y no obstante, su ilusoria laguna, es una baldosa de granito. ¿Qué les parece ese prodigio de resignación?

—Nos parece algo tonto, replicaron ambos.

—Pues yo creo, dijo el fakir, que es algo más estúpido revelarse contra los males que no tienen remedio. Creedme, imitad al pato!

—Oh gran fakir!, tú nos restituirás á nuestro antiguo estado y quedaremos contentos.

—La humanidad jamás está satisfecha, hijos míos; y si el Destino fuera condescendiente, sería el más triste juguete de los hombres.

Idos con vuestra joroba y vuestros andrajos.
Y si os ha pesado el cambio, imitad al pato,

III

Y yo os digo á mi vez, amables lectores, que
no le falta razón al fakir. ¡Cuántas contrariedades
irremediables suelen ocurrir en los negocios,

en la vida privada, en la vida pública, en la política,
etc.!

Pues... ¡la del Pato!

José A. CAMPOS,
Ecuatoriano.

Guayaquil, 1900.

DE « JUVENILES »

I

Hermosa más que un ángel de Murillo
¿En qué lucero no veré tu brillo?
¿A qué mortal envidiaré si posas
En mi alma tus pupilas luminosas?
¡Ámame! y en las tardes ideales
Te cantaré divinos madrigales.
Y la fatamorgana y la quimera,
A la sombra gentil de una palmera
Tendrán como la flor su primavera!

II

Lejos estoy de la natal ribera
Donde el viento, en la tarde, barcarolas
Canta henchido de amor. Forman las olas
Una infranqueable líquida barrera.

Ser ave y luz y flor y onda quisiera
En la agonía de mis horas solas.
¡Oh distancia insensible que así inmolas
Un amor en su blanca primavera!

¡Eres ¡oh mar! un muro que se extiende
Entre dos almas que el amor enciende
Semejante á la muerte: pues la llamo
Y es vano que el clamor el aire ahonde:
No me oye si le digo cuánto la amo!
Y la invoco lloroso y no responde!

III

Cuando en las horas de mi amor veloces
Me separé de ti, virgen querida,
Sin darte la suprema despedida,
Sin decirte los últimos adioses,

Sentí un dolor agudo, penetrante,
El de un alma de otra alma separada:
No es más triste la noche desolada
De lo que yo lo fuí en aquel instante!

El Hado en alejarnos puso empeño,
Mas tú no me dejaste, amada mía,
Pues en mis horas negras te veía
Con la forma azulada del ensueño.

Y llegabas á mí como la clara
Luna hasta el fondo del abismo yerto,
A aumentar un cariño que no ha muerto
Y que la misma muerte no mata.

Y siempre, dulce, cariñosa y buena
Las borrascas de mi alma deshacías,
Y como iris de paz resplandecías
En el nublado de la tierra ajena.

Y puesto que es así, deja que brille
Como una vieja lámpara votiva
Mi existencia en tu altar, y mientras viva
El creyente ante el ara se arrodille!

IV

Palpita aún en mi labio estremecido,
Caricia tuya, aquel beso encendido,
Casto triunfo de amor,
Como tornasolada mariposa
Que aletea constante y temblorosa
Sobre una roja flor!

V

En el mar de la vida agitada
Solté mi bajel,
Sin temor á las fieras borrascas
Que truenan sobre él.
Mis febriles ensueños crearon
Mil islas de amor,
Que se desvanecen
Como brumas heridas del sol!

A Dios nunca he llamado en mis ansias,
Mas hoy, ya cansado de tanto bogar,

Los cinco libros de poesías de Carlos Roxlo, recibirá toda lectora que obtenga 4 suscriptores anuales (pago por adelantado).

El suscriptor que coloque ejemplares deberá indicar, al formular el pedido, los libros que desee recibir y que por derecho le corresponden.

A todo suscriptor que consiga 10 suscriptores anuales (desde el 1.º de Enero de 1901 en adelante) y envíe el importe total adelantado, la administración de LA ALBORADA le remitirá de inmediato las cinco obras de E. Acevedo Díaz, encuadernación de todo lujo, en riquísimo estuche de peluch y cuero de Rusia.

Le imploro que llegue mi nave á esas islas
O se hunda en el fondo del mar!

VI

Yo bien sé que en la tierra
Suele ser hijo del fangal impuro
El lirio que perfuma
Los flecos de la bruma.
Yo bien sé que la carne
A la ley del placer paga tributo
Como á fiero señor. Sé que las almas,
Aun aquellas de acero,
Pueden rendirse al tentador halago

Del vicio miserable.
Sé que al lodo brutal cae la materia
Como la piedra á la atracción responde.
Y sin embargo todas
Mis ideas ahora juzgo falsas,
O á ti tejida con los rayos de oro
De una luz sideral que flota pura
Sobre el pantano inmenso
Como un tenue vapor de madrugada,
Y sobre las virtudes de la tierra
Como flota la aureola
En la pálida frente de los santos!

VÍCTOR ARREGUINE.

DOS CADETES ORIENTALES



GUMERSINDO SARAVIA

Son estos jóvenes, distinguidos cadetes de la Escuela Militar Argentina, en la que ocupan dos de las 4 becas acordadas á la República del Uruguay. Rodolfo Muñoz Oribe es nieto del pundonoroso y patriota general Ignacio Oribe. Saravia es hijo del prestigioso general Gumersindo Saravia; sirvió en las revoluciones del 96 y del 97; el 96 fué herido de dos balazos.

En los exámenes de Diciembre ppdo., ambos obtuvieron la brillante calificación de sobresaliente, quedando así aproba-



RODOLFO MUÑOZ ORIBE

dos en el primer año de la carrera. Saravia estudia el arma de caballería y Muñoz Oribe la de artillería.

Actualmente, estos aprovechados compatriotas visitan su patria, disfrutando de las vacaciones de fin de año.

EL SUCESO DEL MIÉRCOLES

El joven Julio Ramón de la Cerda—uno de



los actores en el luctuoso suceso que tuvo lugar el día 26 en el costado Norte de la Plaza Inde-

pendencia; es oriental y cuenta 23 años de edad. Reside en Treinta y Tres donde es sumamente querido por sus compañeros de causa y por sus adversarios.

Redactor del *Deber Patrio* y actualmente es redactor de *La Prensa*. Conjuntamente con otras personas, se ocupa en la preparación de un libro histórico de los departamentos de Treinta y Tres y Cerro Largo. Desempeña el puesto de secretario de la Comisión Directiva Departamental del partido Nacional en Treinta y Tres, y es miembro de la Convención nacionalista.

Podemos agregar que es un joven inteligente, ilustrado y sensato.

EL más reciente é importante descubrimiento, el *Gourandfono*, se debe á un inglés llamado H. L. Short, el cual, ignorando completamente la acústica ha llegado á descubrir las leyes de ésta á fuerza de estudio y de observación. Después de fabricar un fonógrafo y una especie de pequeña sirena á fin de hacer llegar la voz á dos millas de distancia, y aumentando, modificando y mejorando sin descanso su mecanismo, ha terminado por construir un pequeño aparato consistente en una especie de laringe que produce sonidos sin el concurso de la boca. Las cuerdas vocales son metálicas y vibran bajo la acción de pulmones mecánicos representados por las varias presiones del aire, del gas ó del vapor. La voz humana pasa por la laringe mecánica y se transmite á distancia, decuplicada, centuplicada, según la fuerza de la presión, que el inventor regula á voluntad.

El nombre de *Gourandfono* fué elegido por el autor para demostrar su reconocimiento al coronel Gourand, el cual le ha prestado el más generoso apoyo en sus pacientísimos estudios científicos.



El doctor W. D. Moor, de Nueva York, ha realizado un gran descubrimiento médico. Era objeto de fatigosas investigaciones un veneno que nuestro cuerpo produce continuamente y el cual es causa de accidentes peligrosos, y algunas veces de la muerte, sobre todo en los casos de enfermedades de los riñones.

Algunos síntomas de envenenamiento se atribúan á la presencia de la urea en la sangre, pero los hombres de ciencia creían en la existencia de una causa todavía ignorada, productora de aquellos fenómenos. Ahora, después de tres meses de estudios y de experimentos, el doctor Moor ha logrado aislar químicamente de la orina humana un líquido orgánico semejante al aceite de olivo y que es producido de continuo por nuestro organismo.

Dicha sustancia ha sido llamada ureína por el mencionado médico, quien, con demostraciones experimentales, ha probado que ella es la sola causa de la uremia y de todas las demás enfermedades que se localizan en los riñones. Encontrada la causa verdadera del mal, no será difícil hallar brevemente el remedio adecuado.

(1) Esta sección se publicará semanalmente, bajo la dirección del señor Aureo Urdoste.

OBSEQUIO AL DIPUTADO MORENO

EN la semana anterior, le fué entregada por el señor Juan L. Lacaze, una artística medalla de oro, distintivo de los miembros del Parlamento al señor Representante por el departamento de la Colonia don Eduardo Moreno. Tan honroso obse-



quio fué acompañado de un pergamino suscripto por los representantes de las empresas pedreras de la Colonia, en el que expresan su agradecimiento por los importantes y benéficos proyectos del Diputado Moreno para favorecer la exportación de piedra y arena.



La medalla — cuyos anverso y reverso reproducimos, como también la efigie del señor Moreno — fué acuñada en los talleres del señor Esteban Sellanes.



PÁGINAS ESCOGIDAS

EL ÁLBUM DE UN PADRE

HAY una cosa que me hace estremecer.

Algúnas veces, mirándolo, me figuro los muchos millares de niños de su edad, nacidos en el mismo día, y que en este instante son como él inocentes y cariñosos; me los figuro en sus cunas, entre los brazos de sus madres, cubiertos de besos y llamados con los más dulces nombres de la lengua humana; veo en el corazón de sus padres la misma esperanza, el mismo presentimiento de que serán honrados y felices, mejor dicho la misma seguridad mía, y tan fundada como la mía, y no de otro modo alimentada que como yo alimento la mía al mirar mi hijo; y pienso que, sin embargo, de toda esa legión de angelitos saldrán ladrones, falsarios, asesinos, parricidas que arrojarán la desesperación y la deshonra sobre sus familias. Cuando este pensamiento se fija en mi cabeza, tengo que hacer gran esfuerzo para librarme de él.

Esta mañana tomé mi niño sobre las rodillas, y le pregunté:

—Niño, ¿serás tú un asesino?

(Él no comprende todavía el significado de estas palabras).

—Sí, respondió, pero quiero dulces.

—¿Si pudiese adivinar su porvenir como hacen los gitanos, en la palma de la mano!

¿Qué manejará esta manecita?

¿La espada?

¿El puñal?

¿La pluma?

¿El arco de violín?

¿El escalpelo del anatómico?

¡Pobre manita! ¡cuántas veces sostendrás la cabeza fatigada por el ingrato trabajo ó por el pensamiento doloroso!

¡De cuántas cartas listadas de negro romperás el sello!

¡Cuántas diestras de falsos amigos y de mujeres indignas tendrás que estrechar!

Pero tú la conservarás limpia de toda mancha, hijo mío, y si cuando te hiera un gran dolor, in-

merecido, te asaltan impulsos de levantarla en alto, no la levantes, no, para maldecir, sino para juntarla con la otra, como todas las noches y todas las mañanas te enseña tu santa madre.



Miro su manecita, la abarco toda en mi puño, y sonrío pensando que pasaron también por esta forma las manos de los guerreros más formidables y de los artífices más gloriosos del mundo.

Y de esta idea, paso á mis pensamientos predilectos, de la infancia de los grandes hombres.

Me figuro á Homero, que se desespera porque le han quitado un albrichigo; á César, que tiembla delante de un ratón; á Dante, que salta en la silla de un caballo de madera; á Miguel Ángel, que mientras su padre le enseña una estatua, está todo dedicado á machacar un hueso con el pie, y á la señora Bonaparte, que dice al futuro vencedor de Europa:

—¡Qué vergüenza! ¡A esa edad, cuando se tiene una necesidad se dice, y no se ensucia de este modo la casa!...



¡Si llegase á ser un grande hombre! Es un sueño de todos los padres; pero no, es imposible.

Enigma, enigma al fin; jeroglífico cuyo significado es aún desconocido; palabra de la cual no está escrita más que la primera letra; número de la inmensa lotería humana. Esta duda es el más dulce alimento de mi vida.

Me parece que poseo misterioso cofrecillo, en el cual es posible que haya un puñado de arena ó un montón de perlas. Estoy cerca de los treinta años, y mi porvenir, que empezaba á limitarse, se ha prolongado de improviso; he perdido las últimas ilusiones de la juventud, he encontrado



las infinitas ilusiones de la infancia. ¿Qué importa que mis cabellos se caigan? ¡Los suyos se espesan! ¿Qué importa que yo descienda? ¡Él sube!

—*—

Y ¿si fuese, por el contrario, de escasa inteligencia y de fibra débil, no sólo para no salir de la oscuridad, sino para permanecer entre el último?



Cuando me asalta este pensamiento siento irresistible necesidad de estrecharle contra el pecho y de cubrirlo de caricias,

como para pedirle perdón de la vasta ambición que me lo hace soñar distinto de aquello á que puede estar él predestinado.

Tengo necesidad de asegurarle desde ahora que cuanto más pequeño sea el puesto que le esté reservado en el mundo, tanto más grande será el que tenga en mi corazón. Pensando que algún día, tal vez al volver de la escuela, me dirá llorando: « Soy el último », siento un estremecimiento de amor por él.

Pero esto no será, porque le ayudaré en sus estudios, me volveré á dedicar al latín, al griego; á las matemáticas; velaré con él, y volcaré tanto afecto en su corazón, que el corazón iluminará la inteligencia.

Cuando aquí debajo hay un tesoro, también hay alguna cosa aquí encima.

—*—

Los niños proporcionan grandes consuelos. ¿Quién lo sabe mejor que tú, pobre criada vieja?

Tú eres amada en casa, pero tu cabeza calva, tu rostro arrugado, toda tu persona desfigurada por los años, te hacen fastidiosa á los individuos que te son queridos, y constituyen la causa de que ellos no te prodiguen las caricias que tú les prodigabas á ellos cuando eran niños.



Alberto se retira bruscamente hacia atrás cuando tú acercas el rostro al suyo para mirar las estampas del libro que hojea.

Enrique, desde hace mucho tiempo no quiere que tú le hagas el lazo de la corbata, por no sentir tu aliento y el contacto de tus manos.

—*—

Cuando quieres besar á Adelaida, la muchacha que has llevado en brazos durante tantos

años y divertido con tantas historias en las largas noches del invierno, estás reducida, porque no te rechace, á besarla furtivamente cuando duerme.

Hay una sola criatura en el mundo que no rehusa tus caricias, que ama tu cabeza calva y tu rostro arrugado, que te recompensa de todas las ingratitudes y de todas las amarguras, y es este niño de tres años.

—Ernesta, te dice besándote en la boca, ¡qué hermosa eres!

—*—

Y siempre recaigo en el pensamiento de la belleza.

No creo que el padre, fuera del afecto que todos comprenden, debiese alimentar por el hijo un sentimiento tal igual al del escultor por su estatua.

Yo, no obstante, observo con temblor el rostro de quien lo mira, interpreto las sonrisas y comento los cumplimientos como el artista poco seguro de su obra. Toda su belleza me parece un mérito de mis manos, todas sus imperfecciones el efecto de un error mío. Cada día se me presenta con nuevo aspecto.

Lo miro, y lo vuelvo á mirar de frente, de perfil, por delante, por detrás, por encima, por debajo; corrijo con los ojos algunos de sus rasgos, permanezco perplejo, reflexiono; pero, concluyo siempre frotándome las manos y diciendo que es un hermoso trabajo.



—*—

¡Qué grandes niveladores del corazón humano son los niños!

Hay una pobre mujer con un niño en brazos sentada en el escalón de una puerta, que ve pasar una señora en coche con otro niño sobre las rodillas. El niño de la señora está vestido de terciopelo, el suyo cubierto de andrajos: aquél llevaba un bulto de juguetes, éste no había visto jamás ninguno; aquél comía confites, el otro roía un pedazo de pan negro. Sin embargo, de las miradas que las dos mujeres cambiaron sobre sus propios hijos, las que expresaban un sentimiento de envidia eran las de la señora. La pobre mujer lo advirtió, y exclamó con estremecimiento de orgullo:

—¡El mío es más hermoso!

—*—

Yo no sé si todos los padres verán en sus hijos lo que yo veo en el mío: sé que mientras lo contemplo, admiro la infinita amabilidad de la



infancia, que me parece una compensación dada por Dios á la ansiedad y á los cuidados que nos cuestan. Tienen movi-

mientos de cabeza, expresiones de estupor, relámpagos de sonrisas, gestos fugitivos, caricias, coquet

terías, monadas inexplicables que me arrancan un grito de amor siempre.

— ¡No me provoques! le digo algunas veces. Y en esta gracia encantadora de gestos y actitudes hallo una variedad inmensa, una transfiguración continua, una sorpresa á cada instante.

Me parece que encerrado con él en un castillo solitario, sin libros, sin trabajo, sin otro cuidado que el de custodiarlo, no tendría ni una hora de fastidio.

—*—

Es extraño lo que pienso hoy por la primera vez: ¡esta carita, esta vocecita, esta gracia angelical, que alegra ahora mi vida, dentro de algunos años no existirá ya!



Cada día que pasa me roba alguna cosa de este niño. Dentro de algunos años tendrá otra cara, hablará con otra voz, gesticulará de otra manera, y

de la criatura de hoy no me quedará sino algún retrato y algunas reminiscencias. Este cuerpecito no es más que una figura que pasa delante de mí y que debe desvanecerse.

Será irracional, ¡pero es un pensamiento que me entristece!

—*—

No comprendo ahora cómo he podido vivir tanto tiempo y ser casi feliz en una casa tranquila; donde no había jamás una silla fuera de su sitio; donde no se tropezaba con un juguete; donde no se hicieron en la vida pajaritas de papel; donde no había sino camas enormes; donde no se oían nunca más que pasos



lentos y graves; donde no se escuchaba otra cosa que voces tranquilas diciendo siempre cosas razonables sin faltas gramaticales...

Con frecuencia, al verlo tan bien vestido y alimentado, con un montón de bagatelas delante, digo para mí:

—¿Y si un revés de la fortuna me redujese á no tratarlo de ese modo? Toda mi sangre se revuelve violentamente á esta idea, y al mismo tiempo se levanta mi frente y mi alma se agiganta.

¡Ah, no será jamás, niño mío! ¡Aunque tuviese que comprar cada uno de tus juguetes con una noche de trabajo, descontar cada vestido nuevo con una arruga de mi frente, pagar cada día de felicidad con un mechón de cabellos blancos, conservar el color rosado de tu rostro con la tortura de mi cerebro y de mis huesos!



¡Qué me importaría que la gente riese de mi cara descarnada y de mi vestido roto! Te llevaría á pasear conmigo á cualquier parte solitaria del campo y me sentaría á la puesta del sol oprimiendo tu cabecita contra mi pecho.

¡Ah, no temas! Entre tú y la pobreza están mis treinta años, mi voluntad indómita y la fuerza desmesurada de mi cariño.

—*—

Hoy le he hecho tomar un baño en una palangana rota, y al verlo desnudo y bello, goteando agua y riendo, pensaba:

—Sin embargo, si á esta pobre criaturita la consume la fiebre, la viruela lo pica, la tos convulsiva lo ahoga, el erup lo destroza... será preciso verlo quedarse negro, agitarse, volver los ojos llenos de lágrimas, pedir socorro moviendo las manecitas y permanecer rígido; será preciso verlo encerrar en pequeño ataúd, llevarlo de prisa, envuelto en un paño negro, descender á la fosa y cubrirlo de tierra y de piedras, y después volver á casa pensando que él está allí bajo la nieve, en medio de un campo lleno de esqueletos; y al tornar á casa, ver sus juguetes, sus vestidos, su cuna vacía, su sillita vacía, la habitación vacía, todo el universo vacío, y oír resonar en aquel horrible silencio las risas de los niños del vecindario...



¡Ah! cuando sucede esto me parece que no se puede hacer más que dos cosas: ó destrozarse el cráneo contra la pared ó caer de rodillas y per-

manecer perpetuamente con la frente clavada en la cuna.

Desde que mi vida está ligada á esta criatura, el pensamiento de la muerte no me aterra, ó no me entristece ya sino en cuanto se refiere á su porvenir.

Pero si por su vida debiese sacrificar la mía, si debiese con la seguridad de salvarle hacer escudo con mi cuerpo y defenderle sin defenderme, inmóvil, con él en los brazos y diez asesinos por la espalda, ¡oh! me estremezco con no sé qué voluptuosidad feroz y soberbia; creo, siento, juro que me dejaría acribillar á puñaladas, cubriéndole la cabeza de besos, sin abrir la boca para gritar:—¡Piedad!—y sin derramar una lágrima por mi suerte.

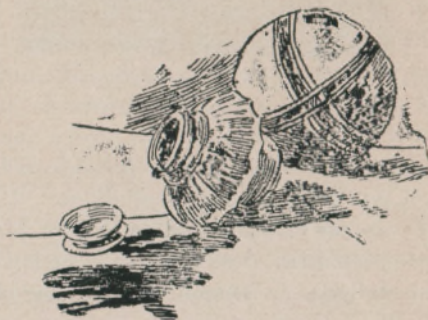
Esta mañana entre otras cosas raras de las su-

yas, he descubierto, que él cree que los hombres están hechos de madera, y á pesar de cuanto le había dicho...

(Interrumpido por la caída de una pelota de goma que ha derribado el tintero).

Fotografías de Fitz Patrick.

EDMUNDO DE AMICIS.



«LICEO ESLAVA», DEL SALTO



NOMBRES DE LAS DISTINGUIDAS SEÑORITAS QUE COMPOEN ESTA NOTABLE ORQUESTA

1.^a Fila: Señoritas Luisa Gallino, Isolina Espalter, Adelina Muguerza, Corina Martínez, Teresa Gallino, Manuela García.

2.^a Fila: (Marciano Diez Plazas Director), María Duarte, Ana Patulé, Esther Mattos, Adulia

García, Atalibia Gutiérrez, Matilde Diez Plazas, Enriqueta García.

3.^a Fila: María Lizarralde, Lira Brum, María Narbondo, Honorina Gutiérrez, María Teresa Carballo, Belarmina Gutiérrez.

Los diez inventos más importantes del siglo que acaba de terminar, son:

1.^o El telégrafo, 2.^o la máquina de vapor, 3.^o los rayos X, 4.^o el teléfono, 5.^o la luz eléctrica, 6.^o la fotografía, 7.^o el fonógrafo, 8.^o los anes-tésicos, 9.^o la máquina de coser y 10 el gas.

Los profesores Behu y Wagner, de la Universidad de Berlín, han calculado que la población del mundo en el siglo que hoy comienza, será de 1,548:000,000 de habitantes. Este guarismo, en el año 2400, subirá á 18,738:000,000.

EL PANTEÓN DE LOS PERROS

No es esto una fantasía de poeta trasnochado, hambriento ó loco. Es una realidad fácil de comprenderse y del todo sugestiva.

El amor á los animales es, en nuestra época, una señal de perfeccionamiento. Mientras más nos alejamos de ellos, por espíritu de antagonismo, más nos separamos del nivel á que debemos llegar. Esta teoría no me pertenece del todo, ni es prueba de mental desequilibrio.

En épocas ya lejanas, el amor á los perros y á otros animales domésticos es legendario. Cabaía, sin duda, en corazones superiores, corazones que estimaban á los animales como amigos íntimos, que lo son en verdad.

La Historia registra hechos en que el amor á ciertos animales llegó á degenerar en idolatría. Los reyes de Asia compraban para sus caballos adornos y útiles de oro, más ricos á veces que las prendas de sus hijos.

Conocida es la historia del *caballo cónsul* de Calígula. En épocas feudales, un señor de aquéllos solía cuidar más de la vida de su caballo favorito que de la de su propia esposa...



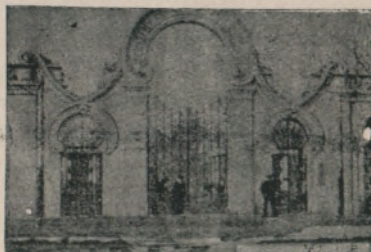
UN GUARDIÁN DEL CEMENTERIO CONDUCE EN UN TRICICLO Á LA ÚLTIMA MORADA Á «SULTÁN», «DIANA», «MILORD» Y «MIRZA»

Las damas melindrosas del siglo XVIII no podían tomar en las mañanas su chocolate, sin compartir su agradable tarea con su adorado tití, á quien consentían y agasajaban como al más caprichoso de los amores.

En nuestra época, vemos, por París, caballeros que van con su perro por las calles, honrándose de tan excepcional compañía. Una parisienne sin su perro, no corresponde al refinamiento de las elegancias modernas.

Por eso, se ha impuesto la necesidad de consagrar la memoria de los perros, en un cementerio, situado en Amieres y en el que se permite la inhumación respetuosa de hatos, papagayos y otros compañeros infortunados de opulentos personajes.

El perro es el animal más dignificado, pero es también el más fiel. En el cementerio canino, las escenas son cómicas y á veces tiernas. No asisten perros dolientes á saludar las tumbas de



ENTRADA DE LA NECRÓPOLIS PARA PERROS, RECIENTEMENTE INAUGURADA EN AMIENS

ningún perro malogrado, que en día triste y doloroso, le arrancara á la vida el hado inexorable. Las perras viudas, no concurren á las tumbas de sus esposos muertos, ni los hijos á las tumbas de sus padres.

No. Entre las lápidas, de curiosa arquitectura, afectando algunas la forma de un perro, casi un león, ó la cabeza de un *bulldog* ó el hocico afilado de un galpo... se divisan damas ilustres ó caballeros de posición elevada, que, con lágrimas en los ojos, van á postrarse de hinojos ante los restos sagrados de tal ó cual perro, cuya muerte fué poco menos que un cataclismo.

No se enlutan las damas, pero se visten de colores oscuros... Y depositan con entusiasmo y verdadera pena, flores, muchas flores en las tumbas de los perros.

Los epitafios de algunas lápidas, son dignos de transcribirse. Nunca son ridículos y siempre son tiernos.

«Adiós, Mignón, has dejado en el mundo un recuerdo que sólo morirá con tu ama».



«ADIÓS, «MIGNÓN», HAS DEJADO EN EL MUNDO UN RECUERDO QUE SÓLO MORIRÁ CON TU AMA»

«Al bueno y fiel Black. — A mi buena Yet, Yet! — El destino que los une en la tierra les unirá en el cielo!»

«Follette, 4 años. — ¡Pobre Follete amado! — Hoy reposas entre la tierra — Yo te he amado mucho. — No te olvidaré jamás».

«Homenaje á Loulou».

Todo esto tiene un fondo de poesía que impone respeto á los que asisten por curiosidad al Cementerio de los perros.

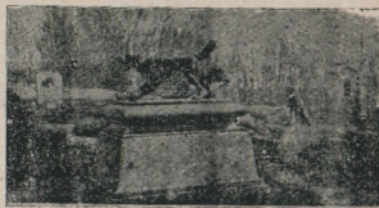
La ceremonia de los funerales es muy poco complicada. El guardia del Cementerio los lleva á la fosa en un triciclo.

Las concesiones del terreno que se dan por cinco años cuestan 25 francos, 50 francos las de 10 años y 75 francos las de 25 años. Una concesión á perpetuidad cuesta 100 francos.

El *Cementiere des Chiens*, es hermoso, altamente interesante. Un rasgo de la época, muy elocuente...

Poco más allá, á las orillas del Sena, una dama joven, bonita, rubia, elegante, llora sin cesar.

— ¡Oh! — exclama. — ¡Qué desdichada soy! Se dirige luego al puente de Alejandro III y



ESCULTURA EN BRONCE, ERIGIDA Á LA MEMORIA DE LA PERRITA «MIMIE», EN EL CEMENTERIO DE AMIENS

se arroja. En el seno se le encuentra un papel que dice:

«Voy en busca de mi perrilla *Cuore*».

Hay quien cree que debiera dársele sepultura en el *Cementiere des Chiens*!

EMILIO BIELLOT.

¿QUIÉN?

¿Quién será la compasiva
(dímelo, niña hechicera)
que con el sol de sus ojos
seque el llanto de mis penas,
y con sus dulces sonrisas
alegre mis horas negras,
de nuevo tornando á mi alma
la florida primavera?
¿Quién será la compasiva?
Dímelo, niña hechicera...

Como busca en la laguna
el ánade á las estrellas,

alrededor de los lotos
que le brindan sus esencias,
así yo busco en la vida
una mujer que me quiera
con el amor más extraño
que concibe el alma enferma...
¡Como busca en la laguna
el ánade á las estrellas!

MIGUEL M. LUNA.

Guayaquil.

CÓMO SE LEVANTA Á UN HOMBRE CON LA PUNTA DE LOS DEDOS

Parecerá esto cosa de risa á los que no han hecho la prueba. Para convencerse de ello nuestros lectores, júntense seis y elijan el de más peso, que se pondrá en medio con los brazos cruzados. Dos, puestos de rodillas, pongan su dedo índice bajo el puente del zapato, uno á cada lado; otros dos, de pie, le pondrán en los codos; y el otro, puesto en una silla, colóquelo el índice debajo de la barba. A la señal *uno, dos, tres*, alcenle todos á la vez y verán al compañero, por corpulento que sea, sostenido en el aire con la punta de cinco dedos, como si fuese de paja.

LA MUJER Y LAS AVES

La mujer, desde uno á diez años, es pájaro mosca.

De diez á quince, golondrina.

De quince á veinte, ave del paraíso.
De veinte á veinticinco, tórtola.
De veinticinco á treinta, paloma.
De treinta á cuarenta, cotorra.
De cuarenta á cincuenta, lechuza.
De cincuenta á sesenta, ave fría.
Desde los sesenta en adelante, ni es ave, ni mujer, ni nada.

PENSAMIENTO CHINO

En una guía práctica del aficionado á la jardinería, el *Espejo de las flores* ó *Hua King*, publicado en China en 1688 por Ch'en-Hao-tsz', se recomienda como un excelente abono para las flores la grasa y los cabellos que quedan en los peines.

El autor ha tenido el cuidado de agregar: evidentemente, jamás se obtendrá mucho, pero se utilizará con ventaja el poco que se recoja.



APUNTES DEL NATURAL, DE E. BARBASÁN LAGUERUELA

UN PAR DE RENGLONES

UN año que *pasa* es un año que *se va*, dicen casi siempre.—En mi sentir, un año que *pasa* es un año que *se queda*. El transcurso del tiempo es fatal, y la humanidad no desdeña despedir de la mejor manera posible al año saliente y saludar al entrante. He aquí cómo el hombre gasta cortesías con la muerte... Pero, si bien es cierto que con las telarañas de esta curiosidad nuestra se puede tejer la paradoja más triste, no es menos cierto que esa misma manifestación regocijante en la que siempre hay un pretexto para reflexionar de modo opuesto á la mayoría, lleva en sí una excelente remesa de protestas al buen genio de las horas alegres; una graciosa oración á esa divina fuerza que mueve al insecto y al hombre, á la tierra y al sol, un llamado entusiástico á la buena señora de las alas verdes, y el más piadoso de los ruegos á la diosa esencialmente fecunda, á aquella que al cedernos pacíficas las horas y pacífico el hogar, y que al impulsarnos á la mayor verdad y la mayor conciencia, dice con los brazos extendidos sobre todas las almas: «Amaos los unos á los otros!» En tal sentido, vaya también mi espíritu invocando mucha alegría, mucha esperanza y mucha paz, á formar parte del inmenso cortejo que hoy hace guardia

de honor al muerto y al nacido!—Ojalá que esas voces de amor que hoy se elevan con la enorme palpitación del Universo lleven el sello de la gran Sinceridad! Sería imperdonable que el siglo que nace con tantas nobles pretensiones despeñara los gloriosos esfuerzos y dolores del siglo que muere...

—*—

Nuevo año y nuevo siglo.—Si se ahondan un poco los recuerdos, queda en la intimidad, á pesar del regocijo que se siente por la aparición de lo que viene, un dejo acerbo, el mismo que nos hace dar vuelta la cabeza hacia lo que dejamos atrás.—El tiempo es una estación, y el hombre el viajero. Aquél es siempre el mismo, dueño de este símbolo implacable.—La humanidad pasa, la humanidad lucha, la humanidad gira alrededor de ese símbolo, formando círculos iguales. En poder de los hombres está el saber dar esos círculos de la manera más noble y más alegre.—La alegría, la santa alegría que se cobija en el regazo de la paz, es tan necesario como la luz. La alegría es el *pan nuestro de cada día* del espíritu. Ríe el sol, y debe reír la humanidad.—Pero ¡Oh, humanidad! reíd como el Sol!

—*—

Sea el siglo XX el siglo de la Paz. Surjan las ideas y los sentimientos capaces de aunar ideas y sentimientos; invóquese por doquier la verdadera religión del porvenir; levantemos nuestro corazón y dejemos penetrar en él la alegría pacificadora, y domine el mundo la acción que purifica y refunde en una sola voz todas las voces, en un solo ademán todos los ademanes, en un solo esfuerzo todos los esfuerzos. Entonces, brillará mejor, la imagen de la Vida, ante las almas que saben rogar la consoladora caricia de la dulcísima señora de las alas Verdes...



Sea el Siglo XX el siglo de la alegría. Propósitos y fines hay para que los hombres puedan llegar á un gran término. Hora es de que se piense cuán compleja han hecho inútilmente la vida las disputas humanas y cuán fácil sería *construir*; siempre que la razón presida las sesiones de la lucha, lo que aún permanece destruido en perjuicio del bienestar universal.—En nombre del Siglo, esto es, en nombre de la vida, seamos tan sinceros como la ciencia y tan provechosos como la verdad!

OSCAR G. RIBAS.

Trinidad, 1900-1901.

Las cualidades que hacen amable á una mujer, dice la célebre escritora china *Pan Hwei-Pan*, en su tratado de educación de las mujeres, se reducen á cuatro: virtudes, palabra, figura y acciones. La virtud debe ser perfecta y constante; la mujer debe ser dócil y honesta siempre; ha de medir sus palabras y usar de ellas con oportunidad. Si tiene instrucción, no blasona de erudita: la mujer nunca agrada cuando cita frecuentemente á los poetas y á los filósofos: pero goza de estimación, cuando sabe ocultar sus conocimientos por el uso de generales inclinaciones. Si una mujer habla de ciencias ó de literatura, debe ser concisa, aun con aquellos que desean escucharla.

La vanidad, pasión común en los dos sexos, ejerce gran imperio sobre el nuestro; así nos desagrade ver en las demás vanidad que subyugue á la nuestra. La mujer se hace insoportable cuando, por sus modales y expresión, exige acatamiento de las personas que la rodean. Este defecto y los restantes que de él se derivan, evítanse convenciéndonos de que jamás debemos abrir la boca para ofender á nadie.

La regularidad de las facciones, continúa dicha escritora, la belleza del color, la elegancia de los contornos y todo lo que en la común opinión constituye una hermosura, contribuye, sin duda, á hacer amable á una mujer; pero no es, en mi sentir, por los atractivos de la figura por los que ella debe hacerse amar. No depende de nosotros el ser bellas; y yo sólo exijo cualidades que pueden adquirirse y que son muy superiores á las de la Naturaleza.

La mujer es hermosa á los ojos de su marido, cuando de continuo emplea dulzura en la voz, candor en la mirada, limpieza en los vestidos y en la persona, modestia en las frases, y respeto en lo que le dice. En cuanto á las acciones, no debe practicar ninguna que desagrade á su esposo y no sea ejemplar para sus hijos y criados. Debe tener por objeto principal el cuidado de su casa; pero practicado oportunamente, á fin de no ser esclava del momento preciso. Debe ser en todo diligente, pero sin incomodidad; hacendosa, pero sin afectación.

EL SUCESO DEL MIÉRCOLES



EL señor Ramón Badell Sáenz—muerto en el incidente con el señor Ramón de la Cerda—era hijo de la Colonia y tenía treinta y dos años de edad. De carácter franco, abierto y bromista, entretenía á menudo á sus amigos con su conversación amena. Trabajador empeñoso, y honrado á carta cabal, merecía siempre la confianza de sus superiores. Sirvió con el coronel Núñez en la última revolución nacionalista; peleó con bravura en Tres Árboles, y cuando se disolvió la columna de Núñez, Badell Sáenz fué de los pocos que volvió al ejército con Paseyro y Martirena.

Hecha la paz, volvió á la vida del trabajo, obteniendo un puesto de confianza en el acreditado establecimiento saladeril del señor Rodolfo Vellozo.

EL REGALO

(TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS)

ELLA no sabía á quién atribuir aquel inesperado regalo de cumpleaños, que se le había entrado por las puertas sin poder indagar su procedencia...

Muy temprano, en la mañana, se hallaba delante del espejo de su tocador, contemplando en su bello rostro las huellas indelebles que el insomnio le dejara, porque había pasado la noche, soñando quimeras y forjando ilusiones de color de rosa.

De repente oyó tocar la puerta; corrió á abrirla, envuelta en su bata de seda azul, abierta en la extremidad del cuello, de nívea blancura, y se encontró con un joven, hermoso é imberbe, que le entregó una especie de relicario de finísimo ébano con perlas embutidas.

Ella no preguntó nada, pero apretó, con sus sonrosados dedos, el regalo, pretendiendo abrirlo sin acertar con la cerradura, que probablemente tenía un muelle oculto.

Mucho pugnó, mas no consiguió su objeto, y llegó á enfadarse.

Quiso, entonces, abrir á la fuerza el relicario, con el auxilio de una cuchilla de plata que en otro tiempo la obsequiara uno de sus adoradores; y pasó todo el día en vanos intentos, montando en cóleras terribles, que duraban un instante.

Mandó llamar á un cerrajero, y le exigió que

buscara la cerradura del relicario y la abriera de cualquiera manera.

El afán de la curiosidad la devoraba; se mordía los labios hasta hacerlos brotar sangre; se estrujaba las delicadas manos; en sus ímpetus de rabia, golpeaba el suelo con sus diminutos pies, y hasta sus ojos llegaron á injectarse...

El mueble fué abierto al fin, descubriendo en el fondo, doblado en forma de concha, un papel escrito con tinta roja.

Pero el fondo, también, estaba cubierto de púas pequeñísimas, que hirieron los delicados dedos de la pobre *mignon* cuando extrajo el papel, que decía así:

« Hermosa mía :

« ¿ Ves esta urna pequeñísima ?

« Está vacía é incrustada de pequeñas púas, como la urna de tu corazón voluble é incomprendible.

« Yo tuve la inmensa desgracia de herirme con las espinas de tu corazón malvado, horrible antro de panteras; tú te herirás con las púas de este relicario, que te envío como recuerdo de la ventura ficticia que me diste. »

Y la hermosa mujer estrujó rabiosa el papel entre sus dedos, que manaban sangre tan fresca como el jugo de las moras...

ANTONIO DE SÓJO VALLEJO.

Lima, 1900.

LA CONFRATERNIDAD AMERICANA

ADHESIÓN DEL DOCTOR T. RÍOS GONZÁLEZ

Valparaíso, 17 de Diciembre 1900.

Señor don Constancio C. Vigil.

Montevideo.

Señor de todo mi aprecio :

Oportunamente recibí su carta-circular, por la cual me invita á colaborar en LA ALBORADA, hermosa y nutrida publicación literaria, que usted dirige con admirable constancia y exquisito criterio.

Mi salud quebrantada, más moral que físicamente, á consecuencia de la lucha por la existencia y por las pesadas tareas del laborioso cargo que desempeño en este puerto (Notario, abogado y conservador de Minas) me han impedido cumplir con el grato deber de responder á usted,—cuya bondad me habrá perdonado la falta—á muchos generosos hermanos que, enga-

ñados con mis modestas facultades intelectuales y literarias, me han escrito en igual sentido que usted.

No debe usted tomar estas líneas como una carta mía que debería ser muy larga y entusiasta por la hermosa personalidad á quien va dirigida. Por los motivos que le he indicado, he encargado á nuestro común amigo y hermano en la vocación don Francisco Garfias, con quien usted, según entiendo, mantiene correspondencia, que le escriba á mi nombre y le ofrezca alguna de mis producciones literarias.

Reciba un afectuoso saludo de su admirador y amigo y que el próximo año y siglo nuevo sean para usted y su importante revista de fortuna y de felicidad.

Dios guarde á usted.

TOMÁS RÍOS GONZÁLEZ.

PROCLAMO que la escuela de la señorita Genseigne es la mejor escuela para niñas que hay en el mundo. Declaro que son incrédulos y maldicientes los que digan lo contrario.

Todas las discípulas de la señorita Genseigne son buenas y aplicadas, y nada hay más agradable que ver sus pequeñas personas inmóviles. Diríase que son botellitas en las que la señorita Genseigne vierte la ciencia.

La señorita Genseigne está sentada rígida en su alta silla. Es seria y dulce; sus lisos cabellos y su pelerina negra inspiran respeto y simpatía.

La señorita Genseigne que es muy inteligente, enseña el cálculo á sus pequeñas discípulas. Dice á Rosa Benoist:

—Rosa Benoist, si de doce quito cuatro, ¿cuántos me quedan?

—Cuatro, contesta Rosa Benoist.

La señorita Genseigne no queda satisfecha con esta respuesta.

—Y usted, Emelina, si de doce quito cuatro, ¿cuántos me quedan?

—Ocho, responde Emelina. Y Rosa Benoist queda profundamente pensativa. No sabe si son ocho sombreros ú ocho pañuelos, ó bien si son ocho manzanas ú ocho plumas. Hace mucho que esta duda la atormenta. Cuando le dicen que seis veces seis son treinta y seis, no sabe si son treinta y seis sillas ó treinta y seis nueces, no comprende nada de la aritmética. Al contrario, es muy inteligente en historia santa.

La señorita Genseigne no tiene otra discípula capaz de describir mejor el Paraíso Terrestre y el Arca de Noé, como los describe Rosa Benoist. Conoce todas las flores del Paraíso y todos los animales del Arca y sabe tantas fábulas como la misma señorita Genseigne. Sabe todos los discursos del Cuervo y de la Zorra, del Asno y del Perrito, del Gallo y la Gallina, y no le sorprende cuando le dicen que los animales hablaban antes,—más bien se sorprendería si le dijeran que ya no hablan, porque entiende muy bien lo que dice su perro Tom y su canario Cuip. Tiene razón. Los animales han hablado siempre y hablan todavía; solamente que hablan á sus amigos. Rosa Benoist los ama y la ama, por eso es que ella los comprende. Para entenderse no hay nada como amarse.

Hoy Rosa Benoist ha dicho su lección sin una falta. Tiene un buen punto. Emelina también recibió un buen punto por haber dicho bien su lección de aritmética.

Al salir de clase dice á su mamá que obtuvo un buen punto y añade: Dim, mamá, ¿para qué sirve un buen punto?

—Un buen punto no sirve para nada, contesta la mamá de Emelina. Es por eso que se debe estar orgullosa de tenerlo. Sabrás un día, hija mía, que las recompensas más estimadas, son aquellas que dan honor sin provecho.

Traducido por Luis U. Galván.

POLICROMA

Cesó el zumbido de los cierzos roncós;
sopla un aliento cálido y sin ecos;
verdea el brote en los rugosos troncos
y en el abra del monte
el aura barre los rastrojos secos.

El pálido horizonte
de vaga luz sus lejanías puebla;
y entoldan la hondonada
densos girones de opalina niebla,
que pliega el viento en las verduzcas lomas.

Lanza el carmen floral de la ensenada
sus vírgenes aromas
y el lirio azul que en el violar se hospeda
se mece al aire con capullos de oro
y pétalos de seda.

El bullicioso coro
libre ya el campo de la mustia escoria
hunde en el surco la feraz semilla;

y todo ebulle y por doquiera brilla
Luz de alegría, emanación de gloria.

Acá las rosas que coronan sienes
y árboles con sus copas colosales;
pero trepando andenes
se pierde la mirada
en un campo de yermos arenales.

Y allá... encima del verde rozagante
de la hermosa hondonada,
media escondida, como un nido amante
que arrulla con sus aguas la ensenada,
asoma el tren por la estación distante!

Mellando el riel en que su rueda estampa
echa vapor de sus potentes flancos,
y parece un gigante
que atravesando la desierta pampa
se va á perder entre arenales blancos.

FRAGMENTOS DE UN MANUSCRITO

Hoy será puesto en venta el libro del escritor Rafael Sienra «Fragmentos de un manuscrito». El autor nos ha favorecido con esta página, que complacidos anticipamos á nuestros lectores.

La obra ha sido donada por el autor, con la edición impresa, á beneficio del Hospital de la ciudad de San José, y una comisión de distinguidas damas ha tomado á su cargo la tarea de colcar los ejemplares entre sus relaciones.

28 de Diciembre.

Querida!...

Tu deliciosa carta del 24, ha llenado mi alma de alegría.

Con los ojos anegados en llanto, me la he leído temblando, llevándola á mis labios y apretándola con fuerza contra mi corazón.

¡Con qué justicia y delicada ternura haces alusión en ella á mi extraña tibieza de los últimos meses! ¡Cuánta razón tienes, y cuán suaves y merecidos son tus dulces reproches!

Si mareado y aturrido por abrumadoras responsabilidades, no he sabido sobreponerme á mis disgustos y te he hecho sufrir con mi sombrío reconcentramiento, yo me haré perdonar de ti esas faltas consagrándote de hoy en adelante la vida entera, á fin de borrar hasta el recuerdo de esa única nube que por un momento pudo sombrear ligeramente el cielo purísimo y radiante de nuestra dicha.

Las oraciones que me anuncias, llegan hasta el fondo de mi alma, purificándola:

¡Hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo!...

¡Ah, si un espíritu celeste me transportase junto á las cunas inocentes del Miguelete, en las horas de la noche, en que tú, ajena á todas las alegrías, con el pensamiento en mí y la esperanza en Dios, arrodillada ante la Virgen, entonas por mí, en coro con nuestras hijas, esa plegaria consoladora y divina!... Después de ella:

«Je prie Morphée de répandre ses plus doux harms sur tes paupières appesanties, de faire

couler une vapeur divine dans tes membres fatigués, et de t'envoyer des songes légers, qui voltigeant autour de toi, flattent les sens par les images les plus riantes et repoussent loin de toi tout ce qui pourrait te réveiller trop promptement».



Mujercita animosa y querida: ¡cuántas cosas me quedan por decirte!...; cuántas te diré en las largas y apasionadas cartas de mi diario, consagrándote así, por completo, mis noches de Río Janeiro! Sólo por el placer de describírtelos, iré á Petrópolis, que es divino, á la Tijuca, al Jardín Botánico, á la Cascada, al Circo de carreteras, á las Islas: á todas partes, en fin; para, de todas, en mis descripciones de la naturaleza, expandir á raudales los transportes de mi entusiasmo á ti.

Besando tu retrato, yo aprenderé aquí á escribir. Inspirado por tu amor, mi indomable voluntad doblegará la torpeza de mi brazo y completará mi deficiente inteligencia; y la pluma, ardiendo entre mis dedos, conseguirá al fin expresar, sin sujeción á formas ni trabas inútiles que impidan al alma el uso de las alas, la plenitud de savia y de amor, de pasión y de vida que hay dentro de este corazón sediento de tu cariño.



De mis cartas, guarda y reserva para ti, para ti sola, sin que nadie las vea, las hojas más íntimas. Por hoy debo concluir mi diario: á las diez sale el vapor, y apenas si me quedan los

minutos indispensables para llegar á tiempo al correo.

Adiós, pues. Cuídate mucho. Aliméntate bien. Haz ejercicio. Piensa en mí, sin pensar en mis penas ni tenerlas tú tampoco. Abraza á mis her-

manas. Abraza á las hijitas queridas; abrazándolas y besándolas como desde aquí te beso y te estrecho á ti fuertemente contra mi corazón.

Rafael.

LIBROS Y PERIÓDICOS ⁽¹⁾

Hemos recibido:

FRASES RÍTMICAS QUE COMBINÓ EDMUNDO MONTAGNE: 1 volumen, con prólogo de Pedro J. Naón. — Tipo-lito ¡«Ga ileo». — Buenos Aires, 1900.

TERRACOTAS. (Cuentos breves), de RAFAEL ANGEL TROYO: 1 volumen; 114 páginas. — Imprenta «Laines». San José de Costa Rica, 1900. — En preparación, del mismo autor: *Leyendas de mi terruño*.

FRAGMENTOS DE UN MANUSCRITO, de RAFAEL SIENRA: 1 volumen, nítidamente impreso, de 201 páginas, con el retrato del autor y artísticas ilustraciones. Dornaleche y Reyes, editores. — Montevideo, 1900.

VIBRACIONES PSÍQUICAS, *poe-
ma en tres cantos*, de EDILBERTO ZEGARRA BALLÓN: 1 volumen, 48 páginas. Imprenta «La Revista del Sur». — Arequipa, 1894.

BIOGRAFÍA DEL EXCMO. SEÑOR DON EDUARDO L. DE ROMAÑA, del mismo autor: 1 volumen, 36

páginas. — Imprenta de «La Bolsa». — Arequipa, 1900.

ESTUDIOS AMERICANOS, de MARTÍN GARCÍA MÈROU: (Enviado por el señor Eugenio C. Noé): 1 volumen, 490 páginas. — Editor, Félix Lajouane. — Buenos Aires, 1900.

GESTA, de ALBERTO GHIRALDO; 2.^a edición con ilustraciones de J. L. Pagano y juicios de Roberto J. Payró, José Ingegnieros, Manuel Ugarte, Eduardo de Tycurra, Camilo de Cousandier, C. O. Bunge y Félix B. Basterra: un volumen, 204 páginas. — Biblioteca de «El Sol». — Buenos Aires, 1900.

ALMANACH POPULAR BRAZILEIRO PARA 1900. — Director: Alberto F. Rodríguez. — Un volumen de 300 páginas. — Echenique e Irmaõs, editores. — Pelotas, 1900.



ÉMULO URUGUAYO DE MAZZANTINI

(1) El autor que desee que se critique su obra deberá remitir 2 ejemplares. Enviando 1 ejemplar, se acusará recibo.

BRINDIS DE AÑO NUEVO

— ¡Año nuevo! Otro sol, otra esperanza,
Otro esfuerzo supremo por la vida!
Quede atrás el cadáver del pasado
Y surjan los ensueños de la dicha.

El corazón lloró; pero ¿qué importa?
El llanto y el placer, todo se olvida;
Echemos tierra á los recuerdos tristes,
Y que choquen las copas cristalinas.

Que vuelva la ilusión á nuestros pechos;
Que cante la ventura en vuestras liras

Y en alas de la fe y el entusiasmo
Suba la mente arriba, muy arriba...

— Así hablaba el poeta... Y entretanto
La Decepción, vestida de odalisca,
Lo miraba, apretándose la boca,
Para no interrumpirle con su risa!

E. ZEGARRA BALLÓN.

Mollendo (Perú).

A todo abonado que obtenga 5 suscripciones anuales (pago adelantado) se le enviará el poema «Tabaré», de Juan Zorrilla de San Martín, encuadernado con gran lujo.

El porte de los libros que se mandan como regalo á los favorecedores de LA ALBORADA, corre de cuenta de la administración.

UNA palabra sobre Miguel Angel Buonarroti. Yo adoraba el genio potente de Miguel Angel—ese hombre grande en poesía, en pintura, en escultura, en arquitectura—grande en todo cuanto emprendió. Pero no quiero á Miguel Angel por almuerzo, por lunch, por comida, por cena... y en los intervalos. Me gusta variar una vez que otra.

En Génova lo ideó todo; en Milán él ó sus discípulos lo diseñaron todo; el Lago de Como es obra suya; en Padua, Verona, Venecia, Bologna, ¿quién ha oído jamás de los Ciceroni otro nombre que el de Miguel Angel? En Florencia lo pintó todo, lo diseñó todo casi; y lo que no diseñó... solía sentarse en una piedra á contemplarlo. Nos mostraron la piedra...

En Pisa lo diseñó todo, menos la vieja torre, y probablemente se la hubieran atribuido, si no estuviese tan fuera de la perpendicular. Él diseñó los muelles de Liorna y los reglamentos aduaneros de Civitavecchia. Pero aquí... aquí es terrible. Él diseñó San Pedro, diseñó el Papa, el Tíber, el Vaticano, el Coliseo, el Capitolio, la Roca Tarpeya, el palacio Barberini; San Juan de Letrán, la Campagna, la Vía Appia, las Siete Colinas, los baños de Caracalla, la Cloaca Máxima... el eterno majadero diseñó la Ciudad Eterna; y á menos que todos los hombres y los libros mientan, pintó cuanto contiene...

El doctor Dan dijo al cicerone el otro día:

—Basta, basta!—diga usted de una vez que el Creador hizo á Italia... según los planos de Miguel Angel.

Nunca me sentí tan fervientemente grato, tan calmado, tan tranquilo, tan lleno de bendita paz como ayer, cuando oí decir que Miguel Angel había muerto!...

Pero nos hemos vengado de nuestro guía. Nos mostró miles de pinturas y esculturas en las vastas galerías del Vaticano, y miles de esculturas y pinturas en otros veinte palacios; mostrónos el gran cuadro en la Capilla Sixtina y frescos suficientes para cubrir el firmamento (casi todos pintados por Miguel Angel). Le hemos jugado la misma partida con que hemos vencido á tantos otros guías.

Nos muestra una figura: «Statua bronzó».

La miramos con indiferencia y el doctor pregunta:

—¿De Miguel Angel?

—No—no se sabe de quién.

Nos muestra el Foro Romano y el doctor pregunta:

—¿De Miguel Angel?

—No, mil años antes.

Después un obelisco egipcio.

—¿De Miguel Angel?

—¡Oh, mon Dieu! gentleman, dos mil años antes de nacer Miguel Angel.

A veces le cansamos tanto con incesantes preguntas, que tiene miedo de mostrarnos cualquier cosa. Ha ensayado todos los medios imaginables para hacernos comprender que Miguel Angel es solamente responsable de la creación de una parte del mundo; pero... no lo ha conseguido todavía.

El doctor es quien hace las preguntas generalmente; tiene más aplomo, una cara de poeta inspirado y puede afectar el tono más imbécil del mundo. Le viene naturalmente.

Los guías en Génova gozan cuando pueden apoderarse de turistas americanos, porque los americanos se admiran hondamente y se conmueven ante cualquier reliquia de Colón.

Nuestro guía estaba lleno de animación, lleno de impaciencia, y dijo:

—Vengan, caballeros, les enseñaré la letra de Cristóbal Colón, ¡lo escribió él mismo! ¡con su propia mano!

Nos llevó al Palacio Municipal. Después de una aparatosa manipulación de llaves, etc., el documento, manchado y descolorido por los años, nos fué presentado. Los ojos del guía brillaban, y golpeando el documento con el dedo—

—Lo que les digo, caballeros! Mirad la letra de Cristóbal Colón—¡lo escribió él mismo!

Fingimos indiferencia; el doctor examinó el documento deliberadamente, durante una pausa embarazosa; después, sin la menor muestra de interés:

—¡Ah!...qué... ¿cómo dijo usted, que se llama la persona que escribió «esto»?

—¡Cristóbal Colón! ¡El gran Cristóbal Colón!

Otro examen deliberado.

—¡Ah!... lo escribió él mismo, ó... ó cómo?

—¡Lo escribió él mismo!—Cristóbal Colón su propia letra!

El doctor puso el documento sobre la mesa y dijo:

—He visto en América muchachos de sólo trece años que escriben mucho mejor que eso.

—Pero éste es el gran Cristóbal...

—Qué me importa quién sea; es la peor letra que jamás he visto. Usted no debe aprovecharse de nosotros porque seamos extranjeros. Si usted

tiene algún espécimen de caligrafía de un mérito verdadero, tendremos mucho gusto en inspeccionarlo, pero si usted no tiene... no perdamos tiempo aquí.

Seguimos adelante. El guía estaba consternado, pero probó una vez más. Tenía algo que creía irresistible.

—Vengan ustedes, les mostraré el busto de Cristóbal Colón.—¡Oh! es grande; espléndido, magnífico!

Nos condujo ante un busto bellísimo... sí, bellísimo!

Dió un paso atrás y en actitud teatral:

—Miren, caballeros, ¡qué bello busto de Cristóbal Colón!—bello busto, hermoso pedestal.

El doctor se puso el lente (reservado para estas ocasiones).

—¿Cómo dijo usted que se llama este caballero

—¡Cristóbal Colón,—el gran Cristóbal Colón!

—Cristóbal Colón, el gran Cristóbal Colón... y bien, ¿qué hizo?

—Descubrió América—descubrió América *Diavolo!*

—¿Descubrió América? No, esa no cuela.—Nosotros venimos de América y no hemos oído semejante cosa... Cristóbal Colón, nombre simpático, ha... ha muerto?

—¡Oh! *corpo di vacco!* ¡Hace trescientos años!

—¿De qué murió?

—Yo no sé—no puedo decirle.

—¿De viruela?

—Yo no sé, caballeros, yo no sé de qué murió.

—De sarampión probablemente, ¿he?

—Puede ser... yo no sé... yo creo que murió de algo.

—¿Viven los padres?

—¡Im... posible!

—¿Cuál es el busto, y cuál es el pedestal?

—¡Santa María! Este el busto; este es el pedestal.

—Ah—ya veo—feliz combinación—muy feliz combinación ciertamente.

Ayer pasamos tres ó cuatro horas en el Vaticano, ese maravilloso mundo de curiosidades y en más de una ocasión casi expresamos interés y aun admiración; nos costaba trabajo reprimirnos; sin embargo, lo conseguimos. El cicerone estaba asombrado, aturdido.

De la mañana á la noche anda á caza de cosas extraordinarias, y usa de todo su ingenio, pero todo inútilmente: nunca mostramos el menor interés en cosa alguna.

Había reservado lo que consideraba la mayor maravilla para lo último, una momia real egipcia, tal vez la mejor conservada del mundo, y se sentía tan seguro esta vez, que le volvió algo de su antiguo entusiasmo.

—¡Vean, caballeros! ¡momia! ¡momia!

El lente del doctor salió á relucir, y con la calma acostumbrada:

—Ah... ¿cómo dice usted que es el nombre de esta persona?

—¿Nombre? no tiene nombre: ¡momia! ¡momia egipcia!...

—Sí, sí, ¿nacido aquí?

—¡No! momia egipcia!

—Ah, justamente. ¿Francés, presumo?

—No!... Francés no, ni romano; nacido en Egipto.

—¿Nacido en Egipto? Nunca he oído hablar de Egipto. ¿En el extranjero, probablemente? Momia-momia: Tan tranquilo... tan pensativo.. ¿Está... está muerto?

—¡Oh *sacre bleu!* ha estado muerto tres mil años!

El doctor se volvió furioso:

—¿Qué significa semejante conducta? Pretende usted jugar con nosotros como si fuéramos chinos, porque somos forasteros y queremos aprender? ¡Burlándose de nosotros con sus viles osamentas de segunda mano!... ¡Rayos y truenos! me dan ganas de... En un museo tan grande, bien podría haber cadáveres más frescos.

MARK TWAIN.

RIMAS

Ví á los cisnes, en noche de Otoño,
Flotar sobre el lago, cual copos de escarcha;
Les he visto más tarde, gentiles,
Cruzar lentamente, llorando romanzas!

La noche era fría,
La luna muy pálida;
Y las copas más altas del bosque
Se alzaban confusas, cual vagos fantasmas!

El lago es la vida,
El cisne, mi alma;
¡Es el bosque la reja bendita
Donde voy á verter mis plegarias!

JUAN M.^a OLIVER (hijo).

LAS REFORMAS PROMETIDAS

A su vista tienen nuestros apreciados favorecedores las reformas que les habíamos anunciado.

El siglo se inicia del modo más feliz para nuestra modesta publicación. Con las notables modificaciones adoptadas, el presupuesto de gastos de la revista ha sido *duplicado*: pero, si esto sucede, es porque el público lo quiere y lo ha hecho posible con su constante apoyo, robustecido no poco en estos últimos meses.

Acaso, á aquellos viejos lectores que ha cuatro años se dignan honrar la revista leyéndola con asiduidad, sorprenda la actual ALBORADA.

Les recordamos que el alma de esta publicación permanecerá siendo la misma, y que sólo se ha puesto traje nuevo para ir á saludar á sus lectores con el mejor aguinaldo que puede ofrecerles, y para recibir dignamente el vigésimo siglo.

Nuestros afanes no se detendrán aquí. Anhelamos avanzar mucho más aún; y ni la voluntad ni la esperanza nos abandonarán en esta tarea esencialmente culta en sus fines.

La perseverancia nos seguirá sirviendo como arma y como escudo, en esta empresa, á cuyo servicio hemos puesto nuestro cerebro, y en la que participa ardientemente nuestro corazón.

NOTAS FINALES

DE LITERATURA Y ARTE

Revistas rápidas

En el próximo número se comenzará la publicación de una interesante revista que llevará el título de estas líneas. Estará á cargo del conocido escritor y crítico señor Eduardo Ferreira, quien se ocupará en ella, de una manera rápida, de todas las novedades artísticas y literarias de la semana.

«VIDA RURAL»

De la casa editora de A. Barreiro y Ramos recibimos un ejemplar de un importante y utilísimo almanaque ganadero-agrícola. «Vida Rural» tiene asegurado su éxito, pues se ha hecho cargo de su dirección nuestro inteligente y laborioso compatriota señor José R. Muñíos, cuya autoridad en las materias á que está dedicada esta edición, es universalmente reconocida, tanto en este país como en la república Argentina.

Consta el volumen, esmeradamente impreso, de unas 350 páginas, repletas de escogida lectura é ilustradas con excelentes fototipías.

La obra del señor Muñíos tiene de antemano asegurado su éxito.

DE EMILIO BOBADILLA

LA ALBORADA tendrá el honor de publicar el juicio del ilustre escritor español don Emilio Bobadilla (Fray Canil), sobre «La Raza de Caín», última novela de Carlos Reyles.

Además de este trabajo, la revista ofrecerá otros de idéntica índole acerca de obras nacionales, expresamente escritos para ella por los más renombrados escritores europeos.

DE EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

LA ALBORADA publicará en el subsiguiente tiraje, el precioso cuento «El combate de la tapera», del autor de «Ismael» y «Grito de Gloria».

Este trabajo ha sido convenientemente ilustrado por el joven y aventajado artista señor Francisco Quintáns.

DEL DOCTOR GIMÉNEZ PASTOR

«Sin corazón», artístico trabajo del doctor Arturo Giménez Pastor, figura entre los materiales escogidos con que engulmarémos el número próximo de esta revista.

CORREO SIN ESTAMPILLA

J. M.—Montevideo.—Mande otro trabajo menos extenso.
L. P.—Paysandú.—Esquivamos las «Lágrimas de poeta». No aceptamos relaciones con... cocodrilos.
H. N. N.—Carimbo.—Duna.—Montevideo.—No accedemos.
J. A.—Pues lo hubiera presentado al certamen. No se publica.
E. F. G.—Montevideo.—Hay materia para un opúsculo. Comprábase y envíe algo.
Andino.—Soriano.—Para escribir liras no basta citar versos largos y versos cortos. Y le citaré un ejemplo, tomado de Larra, de un poeta que como usted se daba á escribir liras:

«Y se apagaban las velas

De los que por purísima devoción iban alumbrando al Santísimo Sacramento».

—Los originales no serán devueltos en ningún caso.

BUZÓN ADMINISTRATIVO

C. M.—Pablo Pérez.—Conforme.
J. B. E.—Tala.—Recibido.
E. G. L.—Molles.—Recibido.
J. de la C. C.—Buracayupí.—Cobré giro.
P. V.—San Fructuoso.—Ídem ídem.
E. G.—Colonia.—Conforme.—Atendi pedido.
J. O.—Nico Pérez.—El señor M. C. debe \$ 3.60, hasta Diciembre.
A. C.—Ídem.—Cobré giro por dos trimestres.
P. N.—Trinidad.—Mil gracias.
A. F.—Nueva Palmira.—Agradecidos.
B. U.—Rocha.—Fué cuenta solicitada.

¿Quiere leer usted la colección de cuentos «Campo», de Javier de Viana? Obtenga un suscriptor anual á LA ALBORADA y la recibirá en seguida.